

Selección TERROR

LA CASA DE LAS ARAÑAS



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS
LA CASA DE LAS ARAÑAS

Colección SELECCION TERROR n.° 500
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

495 — *Damas bajo la lluvia,* Curtis Garland.
496 — *Tormenta mental,* Lou Carrigan.
497 — *Estirpe de vampiros,* Clark Carrados.
498 — *Noche de honor y de muerte,* Ada Coretti.
499 — *Los hijos de Satán,* Ronald Mortimer.

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal B. 30.024-1982

Impreso en España - Printcd in Spain

1.a edición: setiembre. 1982

2.a edición en América: marzo. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles(N-152, Kin 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El hombre llegó junto a la casa, portador de una minúscula jaula, dentro de la cual se agitaba, furioso, un pequeño animal. Llevaba las manos enguantadas y parecía un poco nervioso, porque respiraba entrecortadamente y su frente brillaba a causa del sudor.

Escuchó un momento. En el interior de la casa no se percibía el menor sonido.

Lenta, cautelosamente, el hombre alzó el bastidor de la ventana y lo sujetó con un trozo de tabla que había llevado consigo. De este modo, quedaba una abertura de unos diez centímetros.

Luego puso la jaulita en el antepecho. Inmediatamente abrió una puerta y algo salió al exterior.

Se agitaba furiosamente, pero no hacia el menor ruido. El suelo le falló de pronto y cayó al interior de la casa, pero se recuperó en el acto y empezó a caminar.

El hombre retiró el trozo de tabla y bajó el bastidor. Luego, tan silenciosamente como había venido, se retiró sin que nadie le viera en la oscuridad de la noche.

La quietud del barrio fue rota bruscamente por un horripilante alarido.

El grito salió de la casa y llegó a las vecinas. El grito se repitió.

—¡Adam, algo me ha mordido! —chilló la señora Pembroke.

Adam Pembroke encendió la luz. Inmediatamente, se tiró de la cama.

Tenía los pelos de punca. Su mujer seguía chillando a más y mejor, contemplando desorbitada aquella enorme araña, de patas y cuerpo peludo, que estaba encima de la cama, a un palmo escaso del rostro de su mujer.

En el lado izquierdo del cuello de Edna Pembroke se veían dos puntitos rojizos, señales indudablemente de la mordedura del arácnido. El señor Pembroke se tiró de la cama y buscó algo para combatir al monstruo artrópodo.

La araña atacó de nuevo y saltó sobre el rostro de Edna. Los chillidos de la mujer eran horribles.

Pembroke agarró su zapato. Era todo lo que tenía a mano.

Su esposa chillaba espeluznantemente.

—¡Adam, por el amor de Dios! ¡Quítame este horrible bicho de encima!

La araña mordió la lengua. Edna empezó de pronto a moverse con espantosas convulsiones.

Al fin. Pembroke pudo separar el arácnido de la cara de su mujer. La araña corrió velozmente, como si ahora supiera que tenía enfrente

un enemigo peligroso. Encontró una puerta entreabierta y desapareció.

Pembroke contempló a su mujer. Ella seguía agitándose espasmódicamente y gritaba palabras ininteligibles. Su rostro adquiría un horrendo tinte rojizo con tremenda rapidez.

Enloquecido de pánico. Pembroke corrió hacia la ventana y levantó el bastidor.

—¡Socorro! ¡Mi mujer se muere! ¡Llamen a un médico! ¡Socorro!

Giró en redondo y corrió hacia la puerta de la casa. De pronto, se detuvo en seco.

Allí, parada en medio del vestíbulo, estaba la araña, moviendo agresivamente las patas delanteras, como si, percatándose de que la huida era imposible, se dispusiera a defender se a toda costa.

—Maldita bestezuela... —rugió Pembroke.

Retrocedió unos pasos. La escopeta de caza estaba sobre la chimenea y la descolgó. Siempre la tenía cargada, para el caso de que pudiera ser atacado algún día por un ladrón. Nunca se le ocurrió pensar que un día podría utilizarla contra algo muy distinto de un vulgar amigo de lo ajeno.

La espuma brotaba de los labios de la mujer, cuyos movimientos se hablan atenuado considerablemente. Ella tenía los ojos en blanco y sus manos se crispaban sobre el embozo de las sábanas.

Pembroke comprendió que el veneno del arácnido había hecho sus efectos con indescriptible rapidez. El rostro de Edna empezaba a pasar del rojo al violáceo.

Edna no tenía salvación, comprendió Pembroke en pocos instantes.

* * *

El perro salió inesperadamente al centro del camino y el conductor del coche apenas si tuvo tiempo de frenar lo suficiente para no atropellarlo. Elmo Banlock miró irritadamente al animal, que se había detenido junto al borde de la carretera.

—Maldito chucho...

Era un animal de raza indefinida, blanco y negro, con una gran mancha negra en el ojo izquierdo y el pelo corto y áspero. Debía de haber parte de sangre «terrier» en el can, pensó Banlock.

El perro se había sentado ahora sobre las patas traseras, pero tenía levantadas las delanteras, y le contemplaba con ojos que a Banlock le parecieron burlones. El joven sonrió.

—Eres muy gracioso, chucho —dijo—. Y muy inconsciente. ¿Es

que no te has dado cuenta de que estuve a punto de enviarte al paraíso canino? Suponiendo que los perros tengan un paraíso propio, claro.

El animal continuó en la misma postura, moviendo la cabeza maliciosamente. Banlock hizo un gesto.

—Ten cuidado para la próxima, muchacho —aconsejó.

Y se dispuso a reanudar la marcha, pero entonces se dio cuenta de que había una mujer delante del coche.

Banlock respingó. La mujer había aparecido súbitamente, sin que tuviera la menor noticia de su proximidad. «Diríase que ha surgido del interior de la tierra», pensó.

Era muy anciana. Tenía el cabello blanco y el rostro lleno de arrugas. A pesar de todo. Banlock pudo darse cuenta de que. sin duda, debía de haber sido una mujer muy hermosa.

Vestía enteramente de luto y en el cuello cerrado de su traje se vela un medallón de marfil. Sin duda, debido a su edad, precisaba de un bastón para apoyarse al caminar.

La anciana sonrió.

—Dispense a «Willie», señor —rogó —. Es muy juguetón y se me escapó antes de que me diera cuenta de ello.

—No tiene importancia, señora —contestó Banlock—. El perro se llama «Willie», supongo.

—Así es.

En tal caso, lo importante es que siga con vida, señora. Es un perro muy bonito.

—No es de rara —dijo la anciana.

—Nunca me gustaron los perros de raza. Un perro mestizo es mucho más fuerte y resistente. Lo resisten todo. En cambio, un perro de raza necesita incluso más cuidados que una persona.

—Diríase que entiende de perros —sonrió ella.

—Tuve varios cuando era niño. Ahora ya no puedo, señora.

—Comprendo. ¿Se dirige a Seftonville?

—Sí, en efecto.

La anciana señaló una dirección con el bastón.

—Está a menos de media milla —dijo.

—Gracias, señora. ¿Vive usted por aquí?

—Mi casa está a unos trescientos pasos, al otro lado de esos árboles. Soy Harriet Orvison —se presentó ella.

—Perdón, señora... Me llamo Elmo Banlock. Mi viaje a Seftonville es puramente de negocios.

—Oh, comprendo. Le deseo mucho éxito, señor Banlock.

—Gracias, señora Orvison...

—«Señorita» —puntualizó ella.

Banlock se sorprendió del detalle. Sin embargo, procuró no

demostrarlo exteriormente.

—Le ruego que me perdone. No sabia...

—No se preocupe, muchacho. ¡Vamos, «Willie»!

—¡Perdone, señorita Orvison! —exclamó él de pronto.

—¿Si?

—Uno de los motivos de mi viaje a Seftonville es encontrar a un hombre llamado Héctor Hill. ¿Podría usted decirme dónde vive?

Harnett pareció sentirse incómoda de repente.

—No conozco a ningún Héctor Hill contestó envaradamente.

—Perdone...

No se preocupe —sonrió ella —. Celebro haberle conocido, señor Banlock.

—Ha sido un placer, señorita Orvison.

«Willie» echó a correr alegremente, delante de la anciana, que se alejó, apoyada en el bastón, perdiéndose entre la espesura a los pocos momentos. Banlock meneó la cabeza y pisó el acelerador.

Presentía que Harriet le había mentido. «Si», conocía a Héctor Hill. Pero, entonces, ¿por qué lo había negado?

«Te has expresado mal —se dijo, mientras rodaba a una moderada velocidad en dirección a Seftonville—. Tenías que haberle dicho que estás buscando los rastros de Hill, desaparecido hace escasamente una docena de años.»

Pero lo mismo daba, pensó. Harriet lo habría negado igualmente.

¿Por qué?

El pueblo era pequeño y limpio. Banlock vio la muestra de un hotel y detuvo el coche frente a la entrada. Se apeó y sacó una maleta del portaequipajes. Le gustase o no, iba a permanecer varios días en Seftonville.

Cuando llegaba a la acera, vio pasar un grupo de personas que vestían con ropas de luto o de fiesta. Todos parecían muy serios, hombres y mujeres.

—Fue algo horrible —oyó decir a uno de ellos.

—Yo vi a la pobre Edna. Tenía un aspecto espantoso. No se me quitará la visión de la mente mientras viva —dijo otro.

—Pero, ¿fue de veras una araña?

—En Seftonville no hay arañas tan grandes.

—Para mí que Adam tuvo alguna alucinación y vio lo que no era cierto.

—Eso no lo sabremos. El disparó contra el bicho que había picado a su mujer y lo pulverizó. No se ha encontrado el menor rastro que pueda corroborar su opinión.

—Tal vez fuese un alacrán —apuntó alguien—. En este tiempo, a veces salen...

—¿Qué dijo el doctor Pfalk? —preguntó alguien.

—Un veneno de origen animal —repuso otro—. Probablemente una serpiente que se coló en la casa y luego escapó.

—Pero Adam vio la araña...

—Adam, a veces, empina el codo más de la cuenta —dijo un crítico mordaz.

—En todo caso, las arañas no están en el pueblo.

—¿Dónde están. Nat?

—En la casa de Wegwood.

—No digas tonterías; allí no...

—¿No. eh? Ya no te acuerdas de la historia, ¿verdad? Si no son unas arañas, lo parecen.

—Nat, las arañas, en todo caso, pican o muerden, como quieras, pero no se comen a las personas.

Si, pero el caso es que la pobre Edna ya está bajo seis palmos de tierra. Su esposo no se ha recuperado todavía...

El grupo de personas se alejó. Ninguno de ellos había concedido apenas una mirada indiferente al recién llegado.

El paso quedó libre. Banlock cruzó la veranda cubierta y entró en el hotel.

CAPITULO II

El hotel era pequeño, pero limpio y confortable. Banlock llegó junto al mostrador de recepción, dejó la maleta en el suelo y golpeó el timbre de percusión.

Una mujer apareció a los pocos momentos. Tenía unos treinta y cinco años y poseía una figura espléndida. El pelo era negro, muy intenso, y los ojos rasgados, de oscuras pupilas.

—Señor...

—Deseo una habitación —dijo Banlock —. Voy a pasar unos días en Seftonville y me gustarla fuese una habitación confortable.

—Le daré la mejor que tenemos en este momento —contestó ella —. Hay solamente dos huéspedes, pero se marchan hoy mismo.

—Gracias, señora.

Banlock firmó en el libro de registro. Ella le entregó una llave.

—Me llamo Mary Witt —dijo.

Banlock sonrió.

—Puede leer mi nombre en el libro de registro, señora Witt.

—Señorita —indicó ella.

Banlock respingó.

Era la segunda vez que le hacían una corrección semejante en menos de media hora.

—Perdone —murmuró.

—No se preocupe, señor... —Mary leyó la anotación del libro registro y añadió—: Banlock.

—Exacto —corroboró el forastero.

En aquel instante, entró un chiquillo en el hotel y corrió hacia el mostrador.

—Mamá, tienes que darme...

—Jubal, ¿qué modales son ésos? —le reprochó Mary—. ¿Es que tienes que comportarte siempre como un patán? ¿No sabes entrar andando, como las personas formales?

—Perdona, mamá; sólo quería decirte que mis amigos y yo vamos a hacer una fiesta y necesito medio dólar para contribuir a los gastos —dijo el chico contritamente.

—Está bien, Jubal, luego te daré el dinero.

Banlock sonrió.

—Permítame, señorita...

Sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire:

—¡Ahí va, Jubal!

El chico la atrapó al vuelo y echó a correr inmediatamente hacia la puerta.

—¡Gracias, señor! —gritó, mientras cruzaba el umbral.

—Tiene que dispensarlo, señor Banlock —rogó Mary—. Es un poco díscolo...

—Está en la edad apropiada. Para nosotros, ya ha pasado —suspiró el forastero.

—Desgraciadamente —convino ella.

—Son unos años felices, que se recuerdan con mayor agrado, cuanto más que se sabe que ya no volverán —dijo Banlock melancólicamente. Luego agregó—: ¿Me permite una pregunta, señorita Witt?

—Claro —accedió ella.

—¿Conoció alguna vez a un hombre llamado Héctor Hill?

El rostro de Mary se demudó instantáneamente. Sus manos se crisparon sobre el borde del mostrador.

«Pero ¿qué he dicho yo? ¿Acaso el nombre de Héctor Hill es maldito en esta población?», pensó Banlock, verdaderamente intrigado, por la coincidencia de reacciones de Harriet y Mary.

Esperó la respuesta, pero antes entró una joven en el hotel.

—¡Hola, Mary! —saludó alegremente la recién llegada—. He encontrado por fin el libro que buscabas...

La joven se interrumpió bruscamente.

—Perdóname. Mary; no sabía que estuvieras ocupada —se excusó.

Banlock contempló atentamente a la joven. Era bastante alta, muy esbelta y con el pelo de un delicado color rubio, que no debía nada a

la química. Vestía con gran sencillez; Banlock hubiera dicho casi pobremente, pero no se podía negar su buen gusto en la indumentaria. «De un saco de trapos viejos y de desecho, sacaría un traje de gala para un baile en la corte y luciría más que ninguna», pensó.

—El señor Banlock ha venido a pasar unos días en Seftonville —dijo Mary—. Señor Banlock. le presento a Cobina Farnham, bibliotecaria de la población y buena amiga mía.

Banlock hizo una leve inclinación de cabeza.

—Tanto gusto, señorita Farnham —saludó.

—Encantada, señor Banlock —respondió Cobina.

El joven se inclinó y cargó con la maleta.

—Perdone —dijo Mary—. Tengo una sirvienta, pero en estos momentos está fuera. Tuvo que asistir a un entierro...

—No se preocupe, señorita Witt, no tiene la menor importancia.

Señorita Farnham...

Banlock subió al primer piso y encontró fácilmente su habitación. Se quitó la chaqueta, fue luego al baño, se lavó las manos y. a continuación, empezó a deshacer el equipaje.

—Pues, señor... Hay cosas que uno no entiende... Me encuentro con dos mujeres, una anciana, con más años que Matusalén... la otra joven y muy hermosa... Las dos niegan saber nada de Héctor Hill, pero estoy seguro de que saben algo... Y uno las creería casadas, pero resulta que son solteras y la más joven, además, tiene un hijo... ¿Quién entiende este lio?

Acabaría por entenderlo, se dijo.

* * *

Había oído decir que Cobina era la bibliotecaria de la ciudad. Indudablemente, había una biblioteca pública.

Banlock sabía que en los pueblos pequeños había inevitablemente un sitio donde adquirir información. Bastaría con que fuese a la taberna, se mostrase amable y dicharachero con los clientes, entablase amistad y...

En un par de ocasiones, había encontrado una excelente colaboración en las damas que servían bebidas. Eran jóvenes y atractivas y no le había costado mucho sonsacarlas.

Pero ahora prefería emplear otro método, aunque no desdeñaba el primero. Ya llegarla el momento, si Cobina se mostraba reacia a conversar con él.

La biblioteca cerraba a las doce y media, durante treinta minutos,

para que la encargada pudiera almorzar. Había un restaurante al otro lado de la plaza donde estaba la biblioteca y Banlock esperó, prudentemente oculto, hasta que vio a Cobina asomar por la puerta del edificio.

Dejó que la muchacha se acomodase en una mesa. Luego, simulando casualidad, se acercó a ella.

—¿Le importa que me siente, señorita?

Cabina le miró y sonrió.

—En absoluto, señor Banlock —contestó.

—Gracias.

Vino la camarera y tomó nota del pedido de ambos. Banlock ofreció un cigarrillo a la muchacha. Cobina hizo un gesto negativo.

—Admirable, una chica que no fuma —exclamó.

—Voy a comer. El tabaco me quitarla el apetito —respondió ella.

—Ah, una excelente precaución... Oiga, ¿sabe que Seftonville es un pueblo muy bonito?

—Vivo en él desde que nací, pero habrá de permitirme un consejo, señor Banlock —dijo Cobina

—Claro, señorita Farnham.

—Diga siempre ciudad. A las gentes de Seftonville no les gusta que la llamen pueblo.

—¿Y a usted?

—No me altera la calificación.

—Eso es algo que no tiene la menor importancia.

—Desde luego.

La camarera trajo el servicio. Volvieron a quedarse solos.

—Me gustaría hacerle una pregunta dijo él.

—Veintitrés años, soltera, sin pretendientes, quinientos veintisiete dólares mensuales de sueldo, vivo en casa de mis padres... ¿Qué más quiere saber, señor Banlock? Ah. si, gracias a Dios, disfruto de una salud excelente y puedo comer todo lo que se me apetezca, sin temer por los muelles de la báscula.

—Eso es lo que yo llamo una respuesta veraz... y mordaz.

Es lo que deseaba saber, ¿no?

Banlock hizo un gesto negativo.

—No es que rechace ese aumento en la serie de mis conocimientos. pero quería preguntarle otra cosa muy distinta —manifestó.

—¿Si? ¿De qué se trata?

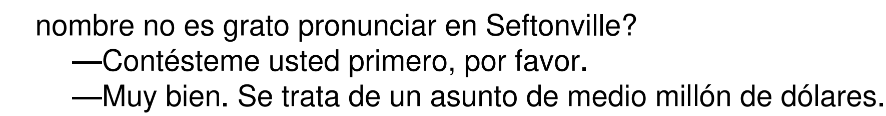
—¿Conoció usted, a un tal Héctor Hill?

Cobina suspendió el movimiento del tenedor hacia su boca.

—¿Por qué lo busca? —preguntó.

Banlock apoyó los codos en la mesa.

—¿Qué pasó con Hill? ¿Acaso fue un forajido famoso, cuyo



nombre no es grato pronunciar en Seftonville?

—Contésteme usted primero, por favor.

—Muy bien. Se trata de un asunto de medio millón de dólares.

Cobina arqueó las cejas.

—No me lo creo —dijo.

—No, ¿eh?

Banlock sacó su billetera, extrajo una tarjeta de visita y la puso en las manos de la muchacha. Cobina leyó lo que había impreso en el rectángulo de cartulina y luego sacudió la cabeza.

—Una tarjeta de visita no es un documento legal —adujo.

Lo que dice ahí es auténtico. Desde luego, puedo enseñarle credenciales...

Pueden ser igualmente falsas.

Cobina le devolvió la tarjeta. Banlock se la rechazó.

—Quédesela —rogó.

—Muy bien. De todos modos, sólo le diré una cosa, señor Banlock: Hill murió hará unos doce años.

—¿Seguro?

—En Seftonville todos estamos convencidos de que murió.

—Doce años... Entonces, usted tenía once.

—Exactamente.

—¿Cómo murió?

—¿Me permite un consejo?

—Desde luego, señorita Farnham.

Ella apretó los labios. Banlock se dio cuenta de que en la expresión de Cobina. si no hostilidad, sí había una especie de recelo hacia él, que no podía dominar por completo.

Era forastero, se dijo, y tal vez la muerte de Hill se debía a algún episodio oscuro y poco agradable, que las gentes de Seftonville no tenían interés en mencionar de nuevo.

—Vaya a Wegwood y pregunte allí dijo la muchacha.

Wegwood —repitió él—. ¿Dónde queda eso?

—A menos de una milla, por el camino del Oeste. A unos mil metros, encontrará una desviación. No tardará mucho en llegar a la casa de las Orvison.

—¡Orvison! —exclamó él.

—Parece que le suena el nombre —sonrió Cobina.

—Ayer, cuando venia, me encontré con Harriet Orvison. Pero, según parece, son más de una.

—Tres. Harriet, Hettie e Hilda.

—¿Solteras?

Cobina hizo un gesto afirmativo.

—Si.

—Lo mismo que Mary Witt.

Ella se irritó.
—¿Por qué tiene que mencionarla? —exclamó.
Banlock apartó su plato a un lado.
—Es curioso, pero en cuanto uno cita el nombre de Hill, todo el mundo parece ponerse a la defensiva. Incluyendo, por supuesto, a la señorita Witt.
—Ella tiene sus razones para no querer oír ese nombre —dijo Cobina.
—¿Qué razones?
—Si Mary no se lo dice, yo tampoco se lo diré.
—¿Y Harriet Orvison?
—¿Estuvo hablando con ella?
—Casi atropelló a su perro. Pude frenar y entonces apareció ella. Estaba dando un paseo por la arboleda y se disculpó por el comportamiento del can. Luego charlamos un poco y, al fin, pregunté por Hill
—¿Qué le dijo ella?
—No conocía a ningún hombre llamado Héctor Hill.
Cobina soltó una burlona carcajada.
—En mi vida he conocido mayor cinismo... Perdone —se interrumpió bruscamente— no quiero seguir hablando más del asunto.
Banlock se dijo que no debía insistir, por el momento.
—Señorita Farnham, créame, lamento infinito haberla molestado. No creí que mis preguntas pudieran causarle tanto enojo. De haberlo sabido, me habría abstenido siquiera de pedirle permiso para sentarme a su mesa. No fue mi intención ofenderla, puedo asegurárselo.
Cobina dulcificó su gesto.
—Usted también tiene que perdonarme, pero es que el caso de Héctor Hill es un tema muy desagradable para los habitantes de Seftonville — respondió.
Algún día le diría por qué, pensó Banlock.
—Comprendo —dijo—. ¿Me permite?
Llamó a la camarera y abonó la cuenta de los dos almuerzos. Cobina intentó protestar, pero él insistió.
—No es un soborno, sino simple cortesía —dijo—. O tal vez soy un machista recalcitrante y no puedo permitir que una mujer pague su parte, cuando nos sentamos a la misma mesa.
—Pero usted no me había invitado...
—Considérelo como una invitación, por favor.
Hubo una chispita de buen humor en las azules pupilas de la muchacha.
—Está tratando de dorarme la píldora —dijo.

—Tal vez. Por ahora, su color es desagradablemente negro —contestó Banlock con desenvoltura.

Cobina se puso en pie.

—Tengo que volver a mi trabajo —manifestó.

—Claro. Volveremos a vernos, espero.

—Seftonville no es muy grande, señor Banlock —se despidió ella.

Dio unos pasos y, de repente, se detuvo delante de un hombre de unos cincuenta y cinco años, grueso, medio calvo y de aspecto fatigado. Las ropas del sujeto parecían bastante ajadas y todo en él ofrecía la impresión de ser un hombre hastiado de la existencia.

El maletín negro que llevaba en la mano le indicó su profesión. Lo confirmó al oír las palabras de Cobina, que se despedía del sujeto:

—Gracias por su interés, pero mi madre ya está perfectamente. Adiós, doctor Pfalk.

Cobina se marchó y Banlock quedó solo en la mesa, rumiando la mejor forma de sacar adelante el caso que le había llevado a aquella pequeña población.

CAPITULO III

Pasó el resto del día, dando vueltas aparentemente sin sentido, pero, en realidad, imponiéndose de las características externas de Seftonville. Cobina le había recomendado ir a Wegwood, pero decidió posponer el viaje para el día siguiente. Quizá tendría qué emplear toda la jornada y no le agradaba suspender la tarea a la mitad.

Cenó en el mismo restaurante y luego, en el vestíbulo, compró una novela del Oeste para entretenerse un rato en la cama. Las aventuras de aquel pelotón de soldados de Caballería sitiados por los pieles rojas liberarían su mente de preocupaciones y le permitirían un sueño fácil y continuado.

Regresó al hotel y subió a su habitación. Se desvistió y se puso el pijama. Cuando se disponía a acostarse, llamaron a la puerta.

Banlock se puso una bata y abrió. Sorprendido, reconoció a Mary.

—Ah, señorita Witt...

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor Banlock?

El joven se apartó.

—Estoy a su disposición, señorita —contestó.

—Gracias.

Mary entró y cerró, pero se quedó junto a la puerta, con las manos a la espalda.

—Jubal es mi hijo. Yo soy soltera —dijo, sin más preámbulos.

—Eso ya no se mira hoy día —sonrió él.

—Aquí, en Seftonville, todavía no se admiten muchas cosas. Y no digamos doce años atrás

—Fue entonces cuando nació Jubal, ¿verdad?

—No. Entonces fue cuando supe que estaba embarazada.

—Oh...

—Y el padre era Héctor Hill.

Hubo un momento de silencio. Luego. Banlock puso la mano sobre una silla.

—¿No quiere sentarse?

Ella rechazó el ofrecimiento.

—Gracias, estoy mejor de pie —contestó.

—Bien, a su gusto. ¿De modo que el padre de Jubal es, era mejor dicho. Héctor Hill?

—Si, en efecto.

—¿Lo sabe el chico?

—No. Jubal ignora quién es su padre. Es un muchacho muy comprensivo y yo le he dicho que se trata de un alto personaje y que un día vendrá a quedarse con nosotros. Sí, son mentiras, pero peor sería la verdad...

—¿Usted cree? Si Jubal es tan comprensivo como dice, debería conocer la verdad, por amarga que fuese —alegó Banlock.

—Mire, para un niño de once años, la verdad resultarla demasiado horrible. He conseguido ya que Jubal no se acuerde de su padre: es más, sabe que soy soltera y lo ha asumido sin problemas. Si ahora supiese la verdad, podría sufrir un trauma espantoso. Yo quiero evitarlo, eso es todo, señor Banlock.

—Muy bien, admitiré sus razones, pero usted debe entender también que mi deber consiste en saber que fue de Héctor Hill.

—¿Por el medio millón de dólares?

Banlock arqueó las cejas.

—Se lo ha dicho Cobina.

—Somos muy buenas amigas, pese a que tengo casi trece años más que ella, Cobina es de las pocas personas que no vuelven la cara al cruzarse conmigo en la calle.

—Comprendo. Bien, si, busco a Hill por el medio millón...

—Es inútil que lo busque, aunque hace doce años, ese dinero le habría venido de maravilla —contestó Mary—. ¿Alguna herencia?

—En efecto. Un pariente lejano de Australia.

—Ya. Bien, sobre Hill ya no puedo decirle más... pero si desea obtener otros detalles, le aconsejo vaya a Wegwood.

—Cobina también me ha dado el mismo consejo —sonrió Banlock.

—Sígalo, conseguirá buenos resultados. Y ahora, perdone, pero...

Banlock alzó una mano.

—Espere un momento, señorita Witt. Dice que Jubal es hijo de Héctor Hill.

—En efecto.

—Si Hill está muerto, resultarla que Jubal es el heredero de medio millón de dólares. En tal caso, usted sólo tendría que probar ese extremo...

—A Jubal no le hace falta el dinero que perteneció a un hombre al que desearla no haber conocido en mi vida —contestó Mary rabiosamente.

Y ya se disponía a marcharse cuando, de pronto, pareció recordar algo.

—Ah, señor Banlock, esta tarde trajeron algo para usted. Me permití dejárselo sobre la mesa. Buenas noches.

Mary se marchó. Banlock volvió la mirada y divisó encima de la mesa una caja de forma cúbica y de aproximadamente veinte centímetros de lado.

Se acercó a la mesa y levantó la caja con las dos manos, notando que pesaba muy poco. En el mismo instante, algo se agitó en el interior de la caja.

Banlock se puso rígido. Dentro de aquel diminuto cubículo, había

algo que se movía. Curioso, pero también aprensivo, levantó la caja, para mirar por debajo y entonces vio una serie de agujeros circulares de un centímetro de diámetro.

Al largo, velludo, negruzco, terminado en una diminuta uña, asomó por uno de los agujeros y Banlock sintió que se le ponían los pelos de punta.

La caja quedó en el fondo de la bañera. Tapó el desagüe y abrió los grifos.

La caja flotaría, sin duda. Fue al dormitorio y regresó con un pesado cenicero de cristal. A los pocos momentos, empezaron a salir burbujas por los agujeros.

Banlock esperó a que el agua hubiese cubierto la caja por completo. Pasada media hora, se dijo que podía arriesgarse a abrirla.

Lo primero que hizo fue vaciar la bañera. Luego, con una navajita de bolsillo, cortó el cordel que sujetaba el papel de embalaje.

De pronto, recordó que tenía unos guantes en el equipaje. Fue a ponérselos y regresó una vez más al baño.

Debajo del papel de envolver, apareció la caja de cartón con tapa giratoria. La levantó con la punta de la navaja y se quedó inmóvil, contemplando con ojos llenos de horror, el gigantesco arácnido que yacía muerto en el fondo de la caja.

Durante unos segundos, no percibió siquiera el rumor de. su propia respiración. Le pareció que el tiempo se había detenido por completo. No sabia dónde estaba.

La araña estaba muerta, pero debajo había algo escrito. No obstante, el cuerpo del arácnido impedía leer el mensaje.

De pronto, tomó una decisión. Rehaciéndose, cerró la caja y la sacó de la bañera. Luego se dirigió hacia el vestíbulo.

Tocó el timbre de percusión. Mary apareció a los pocos momentos, cubierta con una bata.

—¿Sucede algo, señor Banlock?

—Desearía enseñarle lo que me han enviado, pero antes, por favor, querría me dejase unas pinzas grandes. Unas tenazas de chimenea, si tiene, por ejemplo.

Mary estudió un instante el rostro del huésped y llegó a la conclusión de que no había el menor deseo de una broma. Hizo un gesto de asentimiento y desapareció de nuevo al otro lado del mostrador.

Momentos después, regresaba con unas viejas tenazas de chimenea. Banlock las cogió, pero antes de levantar la tapa de la caja, preguntó:

—¿Sabe quién lo ha traído?

—No. Me la encontré en el mostrador poco antes de cenar. Vi su nombre escrito en la parte superior, la subí a su habitación y ya no me

preocupé de más —respondió Mary.

—¿No notó nada extraño, señorita Witt?

—Por supuesto que no. Me pareció que algo se movía, pero supuse que estarla mal colocado... Oiga, ¿qué le sucede? ¿Se trata de algo dañino?

Banlock emitió una amarga risa.

Señorita Witt, prepárese a aguantar las ganas de gritar. Está ya muerta, de modo que no le hará el menor daño.

Levantó la tapa de la caja y metió las tenazas para sacar la araña. Mary casi se clavó las uñas en los labios, al ver aquel terrible animal.

Sosteniendo la araña en alto, Banlock dirigió la mirada al fondo de la caja. El agua había corrido la tinta casi por completo, pero el mensaje era fácilmente legible:

> «Tiene un aspecto aterrador, pero es inofensiva. La próxima, tal vez, será más pequeña, pero irremediablemente mortífera.
>
> ¡Váyase, váyase de Seftonville antes de que sea demasiado tarde!

—Señorita Witt —llamó.

Mary se volvió hacia él.

—Perdone... No he podido contenerme...

—Es lógico dijo el—. Lea, por favor.

Ella fijó la mirada en el fondo de la caja. Luego alzó el rostro.

—No comprendo en absoluto por qu6 le amenazan —declaró.

—Para mí, resulta sencillo: alguien no desea que se aclare la muerte de Héctor Hill —contestó el joven.

* * *

El día resultaba espléndido y daba gusto pasear por el campo. La inminencia del verano resultaba patente. Las mariposas volaban por todas partes, zumbaban los moscardones y abejorros, y la brisa traía perfumes de flores silvestres por todas partes.

Banlock respiró a pleno pulmón. Le había costado dormirse; tardó mucho en alejar de su mente la horrible imagen de la araña Por fortuna. Mary le había dejado una botella, de la que bebió un par de buenos tragos, que contribuyeron a tranquilizar sus ánimos. Pero ello no evitaba por completo sus preocupaciones actuales.

Atravesó cien pasos más. De pronto vio a Willie dormido al pie de un árbol.

—«Willie», «Willie»...

El perro no contestó. Banlock silbó suavemente, pero tampoco

obtuvo respuesta. Intrigado, se inclinó hacia el animal y le tocó suavemente en el lomo.

Willie» continuó inmóvil. Banlock notó entonces que estaba frío.

Una sacudida recorrió su cuerpo sin poderlo evitar. Vio una libera espumilla en la boca del can y comprendió que había muerto envenenado.

Tal vez había comido algo tóxico, ignorante de lo quiera. Harriet, se dijo, iba a llevarse un tremendo disgusto.

Dudó unos momentos, pero, al fin, volvió a inclinarse y levantó al animal en brazos. Un minuto después, la mujer que empujaba la silla de ruedas le vio y se detuvo.

Era Harriet. El rostro de la anciana no expresó la menor emoción cuando vio a Banlock que se acercaba con el cadáver de «Willie en los brazos.

—Señorita Orvison...

—Lo esperaba —dijo Harriet con voz opaca—. «Willie» había vivido demasiado tiempo.

—¿Era ya viejo?

—No. Perdón, quise decir que había vivido demasiado con nosotras. Ha durado casi tres años. Los otros dos duraron mucho menos.

Banlock respingó.

—¿Debo deducir que fueron envenenados intencionadamente?

—Una deducción correcta, señor Banlock —contestó Harriet— Perdone que no le presente a mi hermana Hattie; sería inútil.

Banlock volvió los ojos hacia la inválida que estaba en la silla de ruedas. Aún parecía más vieja que Harriet y daba la sensación de sentirse completamente ausente de todo cuanto le rodeaba.

—No sé si ve ni oye, pero, desde luego, no le contestaría —añadió Harriet—. Tiene el conocimiento necesario para las funciones fisiológicas más elementales, y eso ayudado por otra persona.. En lo demás, permita la dureza de la expresión. es un leño sentado en esa silla.

—Lo siento tantísimo, señorita Orvison —dijo el joven, verdaderamente impresionado—. No sabía nada... En Seftonville no me lo dijeron...

Harriet sonrió amargamente.

—Una actitud muy propia de los habitantes de ese maldito pueblo —contestó.

—Señorita Orvison, me gustaría hablar con usted, pero, creo, debo hacer algo inevitable. ¿No habrá una pala en la casa?

—Al otro lado, en el cobertizo de las herramientas de jardinería. Harriet exhaló una risa sarcástica —. Encontrará también las tumbas de los dos antecesores de «Willie».

—Una canallada —calificó el joven—. Si alguien está re sentido contra ustedes, ¿por qué no lo dice claramente, en lugar de matar a un pobre animal que no le había hecho el menor daño? «Willie» era de la clase de perros que se hacen amigos de todo el mundo...

—Usted también tuvo un perro cuando era niño —recordó ella.

Banlock suspiró.

Sí, y sé lo que se siente cuando se pierde el perro favorito — contestó.

—Señor Banlock, cuando haya terminado, venga a casa. Me sentiré muy honrada sirviéndole una taza de té —dijo Harriet.

CAPITULO IV

Arrojó las últimas paladas de tierra y luego la apisonó con unos cuantos golpes. Otro día, se dijo, vendría y colocaría una sencilla lápida en aquella diminuta tumba.

En el cobertizo de herramientas había un grifo y se lavó las manos. Luego dio la vuelta a la casa y buscó la puerta principal.

Estaba abierta, pero tocó con los nudillos. La voz de Harriet sonó de inmediato.

—Aquí, señor Banlock.

El joven caminó hacia otra puerta, que daba a un salón, en el que se hallaba Harriet, sentada a una mesa, con el servicio de té ya preparado. Ella se había cambiado de ropa y ahora vestía un severo traje oscuro, con cuello y puños blancos. Un collar de perlas de una sola vuelta era el único adorno de su indumentaria.

Harriet le sirvió el té. Banlock apreció que tenía las manos muy blancas, suaves, sin una sola arruga. Parecían las manos de una mujer de menos de cuarenta años, pensó.

—Señor Banlock...

—Elmo, por favor sonrió él.

Muy bien. —Harriet parecía otra—. Le ordeno que me llame por mi nombre. Elmo.

—Como quiera. Harriet. Pero iba a decirme algo, si no me equivoco.

—No, no se equivoca. Lleva ya dos días en Seftonville. Sin duda, le han hablado de nosotras.

—No lo crea. Al contrario, me dijeron que viniera a hablar con ustedes. Y por eso estoy aquí.

—Hablará sólo conmigo —dijo—. Hettie, ya lo ha visto, está incapacitada. En cuanto al estado de Hilda, la tercera hermana, es todavía peor. Hettie aún puede moverse en la silla de ruedas. Hilda está en la cama y no es capaz siquiera de llevarse una cuchara a los labios.

Banlock se horrorizó al conocer la noticia. Ni Mary ni Cobina se lo habían dicho. «Cuando las vea, les diré unas cuantas cosas», se prometió, furioso.

—Pero de esas dolencias ya hablaremos en otro momento —continuó Harriet—. Ahora, ocupémonos de Héctor Hill, Elmo.

—Usted me dijo que no lo conocía. Harriet.

—Era, es forastero, pero ahora ya sé a que ha venido y creo mi deber contarle algo de lo que sucedió.

—¿Quién le ha dicho...?

—Nuestro médico, el doctor Pfalk.

—Ah... —Banlock recordó al médico que había visto hablando con Cobina y supuso que ésta le habría contado la conversación que habían sostenido durante el almuerzo—. Muy bien —añadió—, he venido para saber qué fue de Héctor Hill. ¿Quiere conocer los motivos?

—No me importa demasiado —respondió Harriet—, Héctor murió y la gente nos acusó de su asesinato. Dijeron cosas horribles, propalaron rumores espantosos; contaron historias horripilantes de lo que habíamos hecho con él... Nada de eso es cierto; un día desapareció y nadie le volvió a ver jamás. Realmente, todo el mundo estamos seguros de que murió, aunque ignoremos la causa de su muerte y el lugar donde pueden yacer sus restos. Alguien quiso vengarse y un día nos envenenó. Yo pude superar los efectos del tóxico, pero mis hermanas quedaron destruidas, sin morir.

Banlock se quedó sumamente impresionado al oír aquellas palabras. No cabía dudar de la sinceridad de Harriet.

—De todas formas, necesitaría una confirmación oficial de su muerte —dijo—. Hill es heredero de medio millón de dólares y, si ha fallecido verdaderamente, alguien tiene que recibir esa suma.

Lo siento. Ni siquiera puedo decirle dónde yace. Todavía, al cabo del tiempo, hay personas que no han sabido perdonarnos la muerte de Héctor. Usted mismo ha tenido ocasión de comprobarlo. Ha enterrado a «Willie» y es el tercer perro que nos matan.

Banlock meneó la cabeza pesarosamente. Era una terrible tragedia, pero Harriet parecía superarla a copia de valor y dignidad. En silencio, admiró a la anciana.

De pronto, se oyó una voz de mujer en el vestíbulo. Harriet se puso en pie.

—Dispense, me llama Maud, nuestra sirvienta —dijo—. Es la única persona que nos guarda afecto; ella estaba aquí cuando nosotras nacimos y jamás ha querido abandonar Wegwood.

Harriet se marchó, apoyada en el bastón. Banlock frunció el ceno

Maud estaba en Wegwood. casi desde que nacieron las tres hermanas. Pero éstas eran ya muy viejas. Entonces, ¿qué edad debía de tener la sirvienta?

—Andará rondando el siglo o poco menos —se dijo.

Un tanto inquieto, se levantó y dio un paseo por el salón. De pronto, vio una fotografía sobre la chimenea y se acercó para contemplarla.

Había tres hermosas muchachas, ante la puerta de la casa, con trajes primaverales, pamelas y sombrillas. Al lado se vela a un gallardo joven, no menos sonriente que las chicas, elegantemente vestido a la moda de bastantes años atrás.

¿Era Héctor Hill?, se preguntó.

La fotografía, por otra parte, no parecía demasiado antigua. Banlock pensó que quizá encontraría la fecha en el reverso, pero cuando iba a cogerla, oyó la voz de Harriet:

—Tendrá que dispensarme, Elmo; me encuentro un poco fatigada... Pero, desde luego, puede volver otro día, cuando guste.

—Gracias. Harriet.

—Respecto a la confirmación oficial de la muerte de Héctor. debería hablar con el juez.

—Lo haré —contestó Banlock.

Harriet le dirigió una suave sonrisa.

—Gracias por lo que ha hecho por el pobre «Willie» —dijo.

—Lo siento muchísimo. Era un perro la mar de cariñoso...

—Ya no tendremos más perros. Alguien está empeñado en hacernos sufrir. Sin motivos, por supuesto.

Banlock fue a decir algo, pero comprendió que no debía seguir molestando a la anciana. Era preciso mostrarse prudente y discreto; era la mejor forma de averiguar definitivamente la suerte que había corrido Héctor Hill.

Tomó la mano de la anciana y la besó cortésmente.

—Volveré otro rato. Harriet —se despidió.

* * *

Había terminado de cenar y se disponía a llevar los cacharros a la cocina, cuando oyó la voz de su madre;

—Cobina, alguien te espera en el porche.

—¿Sabes quién es. mamá? —preguntó la muchacha.

—¿Por qué no sales y lo ves por ti misma, hija?

Cobina se había puesto ya el delantal y se dispuso a quitárselo. Luego, llena de curiosidad, salió a la veranda de la casa.

Banlock estaba sentado en una mecedora, con las piernas cruzadas y un cigarro en la mano izquierda.

—No tengo prisa —sonrió—. Puedo esperar perfectamente a que friegue los cacharros.

—¿Por qué no llamó a la puerta y anunció sus deseos de hablar conmigo? — preguntó ella, irritada.

—Disculpe. Iba a hacerlo cuando vi por la ventana que estaban cenando, me pareció indiscreto molestarlas. Luego, su madre me vio y... Pero, ¿no se sienta?

—Está bien. —Cobina agarró una silla y se sentó, muy tiesa y con las manos sobre el regazo—. Me pareció indiscreto molestarlas. Luego, su madre me vio y... Pero, ¿no se sienta?

—Está bien. —Cobina agarró una silla y se sentó, muy tiesa y con las manos sobre el regazo—. ¿Qué es lo que quiere?

—He estado en Wegwood y he conversado un rato con Harriet.

—Oh... Le diría algo interesante, supongo.

Lo que me dijo es causa de que esté enfadado con usted y con la señorita Witt. Ninguna de las dos fue capaz de decirme lo que les había pasado a las hermanas Orvison. Ni siquiera me dijeron que Harriet tenía dos hermanas.

Bueno, tal vez fuimos un poco... hostiles. Las señoritas Orvison no han sido nunca santo de nuestra devoción —contestó Cobina.

—¿Puedo conocer los motivos?

—No, eso no es cosa que le importe a usted.

—Hasta cierto punto. ¿Sabe que alguien ha envenenado a «Willie»?

—¿Otra vez?

—Es el tercer perro que les matan. ¿Es posible que haya en Seftonville alguien que odie tanto a esas pobres mujeres? ¿Se da cuenta de lo que es estar en una silla de ruedas, incapacitada de por vida? Y, a pesar de todo, Hettie es feliz, porque puede ver y hasta es

capaz de llevarse la cuchara a la boca, cosa que no puede hacer su hermana Hilda.

Cobina bajó la vista.

—Elmo, tenga en cuenta que, cuando sucedió aquello, yo tenía once años —se defendió.

—Entonces, debería compadecer a las señoritas Orvison y no detestarlas.

—No las detesto replicó ella vivamente.

—¿No? Bueno, quizá sigue la corriente imperante en el pueblo, porque es lo más cómodo y ello le evita problemas con los vecinos. ¿También las cree culpables de la muerte de Héctor Hill?

—Dijeron que hablan sido ellas...

—Y también dijeron que lo hablan cortado a cachitos y que luego lo echaron a la olla. ¿Se lo creyó usted?

—¡Basta, por favor! —cortó la muchacha, exasperada—. ¿Ha venido a hablar conmigo o a romperme los nervios?

—Perdone —dijo él, más amansado—. Tengo el genio un poco vivo y, a veces... Pero si hubiera visto al pobre «Willie muerto y luego a Hettie en su silla de ruedas...

—¿Y si fueron de verdad ellas quienes asesinaron a Héctor?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Por celos, naturalmente.

Banlock se echó a reír.

—Dice usted unas cosas muy graciosas, Cobina —exclamó—. Por cierto, ¿no le ha contado su amiga Mary lo que me pasó anoche?

Cobina asintió.

—Sí. Debió de ser horrible...

—No se lo puede figurar. Bien, parece que hay alguien al que no le gusta que yo ande investigando qué pasó realmente a Héctor Hill. Ni por un millón de arañas venenosas me irla de Seftonville. Y pienso aclarar el enigma, cueste lo que cueste y... como suele decirse, caiga quien caiga.

Banlock se puso en pie.

—Perdone si he dicho algo que haya podido molestarla —añadió.

—Me parece que yo tampoco me he portado demasiado bien con usted. Elmo —sonrió la muchacha.

—Acabaremos por entendernos —dijo él—. Usted es una chica valerosa: lo na demostrado no volviéndole la espalda a Mary Witt. ¿Por qué tuvo que hacer todo lo contrario con las hermanas Orvison?

—La cosa es distinta: se trata de un asesinato.

—Del cual sólo son sospechosas, pero nadie ha probado su culpabilidad. No deje de tener en cuenta este extremo; es muy importante. Cobina.

—Desde luego, pero todavía le falta conocer un detalle sobre las

hermanas Orvison.

—¿SI?

—Sin embargo, prefiero callar. Ese será un pequeño castigo por las frases poco amables que me ha dedicado a veces.

Banlock emitió una amplia sonrisa.

—Acepto el castigo —respondió—. Y. no lo olvide, pienso seguir en Seftonville hasta saber exactamente qué le pasó a Héctor Hill.

—No es el único que quiere saberlo. Elmo —respondió Cobina.

CAPITULO V

Banlock emprendió el regreso al hotel. En la mano llevaba un paquete, que contenía ciertos objetos comprados por la tarde en la ferretería del pueblo. Cuando llegaba a las inmediaciones del hotel, oyó una voz susurrante que provenía de un oscuro callejón:

—Señor Banlock...

El joven se volvió.

—¿Si?

Había una sombra en la oscuridad y le pareció que era un hombre. Cierto tufillo a alcohol le hizo saber que el sujeto había empinado el codo más de la cuenta.

—Soy Mark Spelling. Puedo contarle muchas cosas de Héctor Hill, de las hermanas Orvison y de Mary Witt. Pero necesito dinero —dijo el sujeto.

Banlock frunció el ceño.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Quinientos dólares, señor Banlock.

El joven respingó. Estaba autorizado para hacer ciertos gastos, pero la suma le parecía exagerada por una información cuya utilidad no conocía aún.

—Hagamos una cosa —propuso—. Usted me cuenta lo que sabe y yo...

—No. Primero, los quinientos «pavos» —insistió Spelling—. Luego yo le contaré una cantidad de cosas, como no puede darse una idea. Puede decirse que, prácticamente, podría resolverle el caso Hill.

—¿Seguro, señor Spelling?

—Puede creerme. Mire, si decide darme ese dinero, vaya a verme a mi casa. Está en el lado este del pueblo, a unos trescientos pasos de la antigua herrería de Milo Sonderman. Bueno, ahora es un garaje y... No le será difícil encontrarme, pero no vaya sin el dinero o no despegaré los labios. Adiós, señor Banlock.

Spelling se perdió en las tinieblas y Banlock, un tanto frustrado, reanudó su camino hacia el hotel. Tendría que consultar al día siguiente para ver si le autorizaban la recompensa de quinientos dólares que exigía el sujeto. Si lo hacía por su cuenta y luego resultaba que la información no era todo lo valiosa que estimaba Spelling, en la oficina principal, se dijo, le iban a calentar las orejas hasta ponérselas al rojo vivo.

Por otra parte, Spelling podía ser un borrachín capaz de inventarse alguna fábula para ganarse unos cuantos dólares y satisfacer así su afición favorita. Tendría que andarse con mucho

cuidado antes de soltar siquiera una moneda de diez centavos.

Entró en el hotel. Mary estaba en la recepción y le miró largamente.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó.

He hablado con Harriet Orvison —respondió el.

Le habrá contado muchas cosas, sin duda.

—Sé lo que les sucedió. Hoy, además, han envenenado a su tercer perro. Mary, ¿quién quiere tan mal a las tres hermanas?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—¿Todavía dura el resentimiento, después de tantos años?

Así parece, señor Banlock.

—Una pregunta, por favor. ¿Qué clase de veneno emplearon con esas pobres mujeres?

—¿Por qué no habla con el doctor Pfalk? Es el médico que las atendió cuando fueron envenenadas. Lo era ya de la familia Orvison. El, seguramente, podrá darle muchos detalles...

—Gracias, no se me había ocurrido. Lo veré mañana.

Un hombre entró en aquel momento, pisando fuerte y se acercó al mostrador.

—Hola, Mary —saludó—. ¿Dispuesta?

—Si, Luther. Jubal ya está en la cama —contestó ella.

Banlock miró al recién llegado, un hombre de unos cuarenta años, fornido, de rostro tostado y agradable, y con aspecto de pasar la mayor parte del tiempo al aire libre. Mary parecía muy contenta de verle.

—Entonces, vámonos o nos perderemos lo más interesante — dijo el sujeto.

—Un momento, Luther; voy a buscar el chal... perdóname, no te he presentado al señor Banlock. huésped del hotel. Señor Banlock, él es Luther Casters, un buen amigo mío.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Banlock se dio cuenta inmediatamente de que Casters era un aspirante a la mano de Mary Witt.

El aspecto de Casters le agradó. Parecía un hombre recto y honrado. Y, bien mirado, a Jubal le hacía falta un padre, se dijo.

—Buenas noches, señor Casters —se despidió.

—He tenido mucho gusto en conocerle, señor Banlock.

* * *

El forastero subió a su habitación y. sin pérdida de tiempo, se puso a trabajar. Desenvolvió el paquete que había traído de la ferretería y, durante un buen rato, se aplicó a una tarca que habría sorprendido a cualquiera que le hubiese visto por un agujerito.

Al cabo de una hora, dio la labor por terminada. Contempló el resultado con ojo crítico. Al día siguiente, pensó, ten dría que hacer algo que le permitiera evitar tanto tiempo de trabajo antes de irse a dormir. Pero, por el momento, podía considerarse a salvo.

—Esta noche, al menos, no correré ningún riesgo —murmuró.

Poco después, se metió en la cama. Apagó la luz y turnó un cigarrillo. Mientras, pensaba en el día siguiente: hablar con Spelling, hablar con el doctor Banlock... Antes, naturalmente, consultarla con la oficina principal...

Sin saber cómo, se quedó dormido. Transcurrió un lapso de tiempo que no supo precisar antes de que sucediera algo extraño.

En la oscuridad de la noche se produjo un relámpago azulado, seguido de un chasquido. Banlock despertó en el acto y encendió la luz.

Sonriendo, contempló el chamuscado cuerpo de la araña, que yacía a menos de un metro de la puerta, había un olor nada agradable a quemado, pero, se dijo, era mejor "disfrutar" de aquel hedor, que no oler nada.

Por la mañana, antes de abandonar la habitación, desmontó la trampa. Eran casi las diez de la mañana cuando descendió al vestíbulo.

Ya había hablado con su oficina y contaba con el permiso para gastar los quinientos dólares, si la información valía la pena. Pero antes quería enseñarle algo a la dueña del hotel.

Tocó el timbre de percusión. Mary apareció a los pocos momentos.

—Buenos días, señor Banlock —saludó—. Puedo servirle en algo?

—Le pediré un favor, señorita Witt. Haga revisar las cerraduras de las puertas exteriores. Esta noche, un intruso llegó a mi habitación cuando estaba durmiendo. Debían de ser las dos de la mañana, aproximadamente.

Ella se puso pálida.

—¿Un intruso?

—Como lo oye.

Banlock había bajado consigo la caja en la que había traído los artículos comprados en la ferretería y levantó la tapa. Mary apartó la vista, asqueada al ver lo que había en el interior de la caja.

—Otra araña —dijo, estremeciéndose fuertemente.

—Y ésta, supongo, debía de ser venenosa —dijo él.

—Pero consiguió matarla... ¿La oyó moverse?

Banlock soltó una risita.

Preparé una trampa con dos hilos metálicos, sin aislante, aunque sí aislados del suelo, y a cosa de un centímetro de distancia. Los dos hilos acababan en una clavija, que conecté a la corriente. Alguien abrió la puerta y soltó la araña. Esta corrió por el sucio, «pisó» los dos cables al mismo tiempo y se electrocutó. Como prevención, había oirá trampa análoga en la ventana, pero no se preocupe; ya he desmontado las dos.

—Es horrible... y usted muy ingenioso —dijo Mary—. Oiga, yo no entiendo mucho, pero, si sucedió como me dijo, la araña tuvo que provocar un cortocircuito...

—Había intercalado un fusible muy débil, que saltó, sin afectar a la instalación principal. Esta noche haré lo mismo, señorita Witt; y así sucesivamente mientras esté en Seftonville.

—Lo siento, siento horriblemente que pasen estas cosas en mi hotel...

—Parece que hay alguien empeñado en que la muerte de Héctor Hill siga siendo un misterio. ¿Querrá encargarse de tirar esto a la basura, señorita Witt?

Banlock se marchó. Momentos más tarde, llamaba a la puerta de la casa donde vivía el doctor Pfalk.

* * *

—Nunca se ha sabido qué clase de veneno emplearon con aquellas pobre mujeres —dijo el médico poco después—. Le aseguro que yo me he quemado las pestañas haciendo análisis y más análisis, pasándome, incluso, noches enteras en vela. pero sin conseguir ningún resultado positivo. Todavía no me explico, hoy. al cabo de doce años, cómo pudieron salvar la vida.

—Sin embargo, el veneno actuó con distintos efectos en los tres casos —manifestó Banlock.

—Bien, debo suponer que eran tres organismos distintos y un mismo medicamento no produce siempre idénticos efectos en dos pacientes. Además, el envenenador, en mi opinión, no supo realizar bien su macabra tarea, y perdone esta crítica. O no tuvo tiempo de preparar convenientemente el tóxico, o tal vez ellas tomaron distintas dosis...

—El veneno, supongo, estaría mezclado con alguna sustancia que evitase un sabor posiblemente desagradable.

—Eso es lo que creo, pero aquel día las tres habían tomado sopa y té. Maud, la sirvienta, lavó muy bien los cacharros, como tenia, y tiene aún, por costumbre hacer en todo momento, de modo que no pudimos encontrar el menor rastro del tóxico, que pudiera habernos permitido encontrar un antídoto o, por lo menos, un medicamento que hubiera atenuado notablemente sus efectos. Los primeros síntomas de malestar aparecieron ya a la media noche. Harriet me llamó, dijo que se sentía mal, yo acudí... y puede figurarse el cuadro que me encontró a mi llegada a Wegwood.

—Sí, me lo imagino. Y todo ello, según creo, por venganza de la muerte de Héctor Hill, cometida, dicen, por las tres hermanas.

—Héctor era un joven muy apreciado en Seftonville. Alegre, simpático, amigo de todo el mundo, capaz de hacer un favor a cualquier hora del día o de la noche; si alguien pasaba una necesidad, él procuraba ayudarle en la medida de lo posible...

—En resumen, era el ídolo de la ciudad —sonrió Banlock.

—Puede considerarlo así. Por eso su muerte enfureció a la mayor parte de los habitantes de Seftonville.

—Y, a lo que parece, no se lo han perdonado todavía a las señoritas Orvison. Pero, ¿cree usted que lo hicieron ellas?

—No, rotundamente, no —contestó Pfalk—. Sin embargo, ¿qué vale la opinión de un hombre solo contra la de muchas personas? —El médico hizo un gesto de pesar—. Esas pobres muchachas, tan hermosas, alegres, encantadoras, rebosantes de vitalidad... convertidas ahora en sendas ruinas...

Banlock tenía la boca abierta

—Doctor, le he oído decir «esas pobres muchachas-. ¿Acaso se

refiere a las señoritas Orvison?

—Claro, ¿de quiénes otras podría hablar? — Pfalk sacó de repente un viejo reloj de bolsillo—. Perdone, joven, pero tengo que hacer una visita urgente y se me hace tarde. Seguiremos hablando en otro momento. Vuelva por aquí cuando le parezca, amigo Banlock.

El joven salió a la calle, todavía aturdido por la increíble revelación. De pronto, pensó que el doctor Pfalk era un hombre de buen humor y que había querido burlarse de él.

Una mano le tocó de pronto en el hombro

—Eh, hombre, le estoy llamando y no me contesta. ¿Dónde tiene usted la cabeza. Elmo? —sonó la fresca voz de Cobina Farnham.

* * *

Banlock casi se sobresaltó.

—Perdone, acabo de enterarme de algo inesperado... Ni siquiera estoy seguro de haber oído bien lo que me ha dicho el doctor Pfalk.

—¿Puedo saberlo? —consultó ella.

—Refiriéndose a las señoritas Orvison, ha dicho, exactamente. «esas pobres muchachas». ¿Quiere decir que eran unas jóvenes como usted es ahora, hace doce años?

Cobina asintió.

—Ninguna de ellas ha cumplido aún los cuarenta años. La mayor. Harriet, tiene treinta y seis, uno más que Mary. Las otras dos nacieron con un año de diferencia.

—Es espantoso... Harriet, convertida en una anciana... antes de cumplir los cuarenta años... Pero, ¿por qué?

—El doctor Pfalk dice que es a causa del veneno. No ha podido encontrar el remedio —contestó la muchacha.

Banlock frunció el ceño.

—Harriet posee unas manos maravillosas, propias de la edad real que tiene —dijo—. Es lo único que en ella no ofrece síntomas de senilidad. Y todavía hay más; sobre la chimenea del salón, hay una fotografía de las tres hermanas, junto con un hombre joven y muy agradable... Creí que serian ellas, pero hace cuarenta o cincuenta años...

—Esa fotografía se tomó hace doce años, y muy pocas semanas antes de la muerte de Héctor —aseguró Cobina—. Seis meses después, se produjo el envenenamiento de las tres hermanas.

—Horrible —calificó Banlock—. ¿No se ha sabido nunca quién fue el autor de tan espantosa fechoría?

—No, jamás. Y... —Cobina bajó la voz—, debo decir, para

vergüenza de Seftonville, incluida yo misma, que los representantes de la ley no pusieron demasiado empeño en buscar al envenenador.

—Usted no debe hacerse ningún reproche; en aquella época era sólo una chiquilla... Cobina, el doctor Pfalk me ha hablado muy bien de Héctor. ¿De veras era tan apreciado por las gentes del pueblo?

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?

—Mi padre decía, y aún lo sostiene, que Héctor Hill no era la moneda brillante que todos veían relucir cuando salía a la calle. Nunca, sin embargo, ha querido darme demasiados detalles sobre su forma de pensar.

—Cobina, ¿cuándo podría hablar con su padre? —consultó él.

—Ha salido fuera, en viaje de negocios. Tardará unos días en regresar respondió la muchacha.

—Esperaré su regreso. Y ahora, si me lo permite...

—¿Adónde va usted? ¿No le importa que le acompañe?

Banlock dudó un momento. Luego dijo:

—¿Conoce a un tal Mark Spelling?

—Sí, aunque no se puede decir que frecuente su trato. Es un cazador furtivo, empina el codo continuamente... ¿Por qué quiere hablar con ese individuo?

—Si me acompaña, y, desde luego, me promete discreción absoluta, podrá saberlo. También yo quiero castigarla a usted, aunque su castigo durará muy poco; el tiempo justo de llegar a la casa de Spelling.

Cobina sonrió.

—Quería que usted lo averiguase por sí mismo —dijo—. Se ha sorprendido al conocer la verdadera edad de las hermanas Orvison. ¿verdad?

—No se lo puede figurar —repuso el joven.

Momentos después, llegaban a la casa donde vivía Spelling. un desvencijado edificio de tablas, que parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro. Banlock llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—Estará durmiendo la borrachera —dijo sonriendo.

Tanteó el viejo picaporte y abrió un poco. Inmediatamente, sonó un agudísimo chillido.

Cobina dio un salto atrás para evitar la monstruosa araña que salla corriendo de la casa a toda velocidad. Un coche pasaba en aquel momento y la rueda delantera convirtió al arácnido en una masa informe y repulsiva.

Banlock presintió lo peor. Terminó de abrir la puerta y se asomó a un hediondo dormitorio, en donde pudo ver un espectáculo que le hizo sentir náuseas.

—¡Cobina, no entre! —gritó.

Para la muchacha, se dijo, sería demasiado fuerte ver aquel cadáver, horriblemente hinchado por el veneno de las arañas.

Porque, al menos, hablan sido dos las que hablan mordido su carne y una de ellas estaba todavía sobre su rostro, cubriéndolo casi por completo con su repugnante cuero negro y velludo.

CAPITULO VI

Los sanitarios se llevaron el cadáver de Spelling. Uno de ellos comentó que había sufrido una muerte horrible. El otro dijo que nadie echarla mucho de menos al difunto.

El jefe de Policía interrogó brevemente a la pareja. Banlock contestó con la verdad, aunque callándose el intento de asesinato de que había sido objeto. Sin embargo, pidió al policía que fuese discreto en lo referente a la herencia de medio millón de dólares.

—En casos así, siempre surgen pillos que tratan de conseguir una tajada y no hacen más que embrollar la situación —dijo

—Bueno, pero Hill está muerto... y todos sabemos que dejó un hijo. El chico debe de ser su heredero, ¿no?

—Jefe, en nuestra oficina tenemos por norma asegurarnos de las cosas de tal modo que más tarde no haya lugar a dudas, que puedan originar complicaciones legales. Por supuesto, podría obtener una declaración de muerte legal de Hill, pero eso llevaría tiempo... y mis jefes prefieren que lo consiga por otros métodos. Sin quebrantar la ley, por supuesto.

—Está bien, pero aquí, en Seftonville, todos sabemos que Hill murió...

—¿Encontraron el cuerpo? ¿Hallaron algún resto que permita asegurar tal fallecimiento más allá de toda duda razonable?

El policía emitió un gruñido.

—Habla usted como un abogado...

—Lo soy y, además, le dirá que un tiempo fui ayudante del fiscal de distrito en Chicago. Tengo cierta experiencia de las investigaciones.

—Hill murió, es todo lo que podemos decirle insistió el policía.

—Lo daré por cieno cuando vea sus restos — contestó Banlock.

Luego se reunió con la muchacha.

—Cada vez estoy más convencido de que hay algo turbio en la muerte de Hill. Es indudable que Spelling sabía algo. Por eso, alguien le envió dos arañas venenosas cuando dormía.

—¿Quién pudo ser, Elmo?

—El asesino de Hill, no me cabe la menor duda.

—¿Lo cree así?

—Todo da pie para emitir una acusación semejante. Ahora bien, ¿quién es esa persona?

Cobina no respondió. Banlock guardó silencio unos momentos.

—Una pregunta. Cobina —dijo al cabo—. Si las tres hermanas fueron consideradas culpables del asesinato de Hill, ¿qué motivos pudieron tener para cometer el crimen?

—Hombre, está claro.

—¿Claro? No entiendo...

—Hill mariposeaba en torno a las tres hermanas. Ellas daban por sentado que se casarla con una de las tres y no había disputas fraternales por las atenciones de Héctor, algunos tipos maliciosos sostienen la teoría de que sólo se casaría con una, pero que, en realidad, tendría tres esposas.

—¿No sería Hill de religión mormona, partidario de la poligamia? —bromeó Banlock.

—Oh, no, en absoluto. Bueno, volviendo al tema; cuando más segura parecía la boda de Hill con una de las tres hermanas... Mary entró en escena.

Y desbancó a las Orvison.

—Exactamente. Por eso se las acusa de la muerte de Hec tor. Lo atrajeron con engaños a su casa y, una vez allí, lo asesinaron y enterraron su cadáver Dios sabe dónde.

—¿Registraron la casa?

—Sólo faltó que la hubieran demolido y excavado en los cimientos. Pero no se encontró el menor rastro de Héctor, salvo...

Cobina se interrumpió un instante. Banlock la miró con avidez.

—Siga, por favor —rogó, impacientemente.

—Un reloj de pulsera, perteneciente a Héctor. Estaba en la habitación de Hilda, debajo de una alfombra. Hilda dijo que no tenía la menor idea de cómo había ido a parar allí el reloj, pero tampoco era una prueba irrefutable de culpabilidad. Sin embargo, se sabía que Héctor no había accedido jamás a ninguno de los dormitorios de las hermanas.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, el jefe Laverne se llevó el reloj y durante mucho tiempo discutieron él y el juez sobre la posibilidad de formular una acusación en regla. Al final, desistieron; el abogado de la familia Orvison les hizo ver que, con pruebas tan poco consistentes, lo único que conseguirían sería hacer el ridículo. Y así quedó la cosa, Elmo.

Banlock hizo un gesto con la mano.

—Pero nadie ha visto jamás el cadáver de Héctor ni se ha encontrado otro rastro que pueda permitir una acusación irrefutable —alegó—. No quisiera difamar a Hilda. y menos en la situación en que se encuentra, pero no es la primera vez que una joven alardea de su virtud y lleva ya mucho tiempo recibiendo en su dormitorio a un amante. ¿Sabe de qué material era la correa del reloj de pulsera?

—Cuero y. además, la hebilla estaba rota, lo cual, sin duda, fue la causa de que se le cayera de la muñeca. Pero, ¿cómo no se dio cuenta?

Cobina, cuando yo tenía doce años, perdí mi reloj de pulsera,

también con correa de cuero, y no me di cuenta, sino hasta pasadas varias horas. Un hombre que accede al dormitorio de una muchacha tiene que retirarse, a veces, a toda prisa y en esos momentos no está para preocuparse de si lleva encima o no el reloj.

—Si, es un argumento convincente —admitió ella—. Pero las cosas están así y no se pueden variar.

—Se pueden variar —rectificó Banlock.

—¿Cómo. Elmo? —preguntó la muchacha.

—Probando, concluyentemente, que la muerte de Héctor se debió a una acción violenta e intencionada y. además, encontrando su cadáver. O lo que pueda quedar de él respondió el joven.

—Será difícil —auguró Cobina.

—Para eso estoy aquí —dijo Banlock.

* * *

Banlock tocó el timbre de percusión y aguardó a que Mary hiciera su aparición tras el mostrador. Ella tardó unos minutos en hacerse visible.

—Perdón, señor Banlock; estaba ocupada...

—No importa —sonrió él—. Deseo hablar con usted.

—Sobre Héctor Hill.

—Exacto.

—No hay mucho que hablar. Es el padre de mi hijo y murió.

—¿Asesinado?

Ella se encogió de hombros.

—Eso se dice —repuso.

—¿Cuál es su opinión?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Señorita Witt, usted es parte muy directamente interesada en el asunto, tanto que su hijo puede percibir medio millón de dólares. Yo le ruego trate de ayudarme en la medida de lo posible. No realizo una investigación criminal, no busco a un asesino; sólo quiero encontrar pruebas convincentes de la muerte de Héctor Hill.

—Entiendo. Pero yo no puedo decirle nada más que lo que ya se sabe: murió.

—La muerte, ¿fue debida a asesinato?

—Todos lo dicen, señor Banlock.

—¿Y usted?

Mary guardó silencio. Banlock insistió:

—¿No me contesta?

—No puedo afirmar algo que ignoro —respondió ella.

—Parece ser que Héctor iba a casarse con una de las hermanas

Orvison. Sin embargo, se inclinó por usted...

No, no, a mi no me habló jamás de casamiento.

—¿Seguro?

—¿Quiere que se lo jure?

—No serviría de nada.

—¿Cómo? ¿No es capaz de dar crédito a un juramento? —se indignó Mary.

—Bueno, quise decir que... En fin, yo necesito pruebas más consistentes que una simple declaración, por mucho crédito que pueda tener el testigo. Pero, insisto una vez más, debo probar que Héctor Hill está muerto. Si fue asesinado o no. ya es otro cantar, y la investigación sobre ese extremo escapa a mi competencia.

—Comprendo —dijo ella—. Bien, señor Banlock, es cierto que Héctor y yo tuvimos relaciones íntimas y que de ellas nació Jubal. Héctor está muerto, eso es todo lo que puedo afirmar, sin temor a que nadie me acuse luego de lanzar calumnias.

—Señorita Witt, yo me imagino que usted tendría una última entrevista con Héctor. Un día charlaron de sus cosas y, al día siguiente, él ya no acudió a la cita. ¿Qué sucedió ese día exactamente? ¿Puede recordarlo?

—Lo ha dicho usted muy bien: Héctor ya no vino a verme.

—¿Le notó a usted inquieto o nervioso? ¿Daba la sensación de que sospechaba que podía sucederle algo grave?

—No...

La voz de voz de Mary encerraba una ligera nota de inseguridad. Banlock no dejó de captar el detalle.

—No es sincera —le reprochó con suavidad.

—Está bien. Si, se sentía un canto nervioso, pero ya hacía días que lo estaba —admitió ella.

—¿Por qué?

—Compréndelo: yo le había dicho que iba a tener un hijo...

—Y eso le alteró profundamente. ¿Por qué no le propuso matrimonio?

—Señor Banlock —exclamó ella, muy alterada—, si no le importa, desearía dejar esta conversación.

Muy bien, seguiremos en otro momento —sonrió él— No tengo prisa, señorita Witt. Aunque es una lástima que haya muerto Nat Spelling; seguramente, me habría dicho cosas muy interesantes...

Ella le dirigió una mirada oblicua.

—¿Por qué no habla con Adam Pembroke?

—¿Quién es ese individuo?

—Su esposa murió hace pocos días, también atacada por una araña gigantesca.

¿Abundan esos animales en Seftonville? —se extrañó él.

—No, y eso es lo curioso del caso. Nunca se había visto nada semejante, señor Banlock.

—Gracias, luego iré a hablar con Pembroke —se despidió el joven.

* * *

Era un sujeto de unos cincuenta años, de mirada atravesada y cejas muy espesas. Estaba sentado en el porche de su vivienda, con un frasco plano en el suelo, al alcance de su mano, haciendo balancearse la mecedora con movimientos regulares. Banlock puso el pie en el primer escalón y se apoyó en la barandilla.

—Señor Pembroke, me llamo Elmo Banlock. Desearía hablar con usted acerca del desgraciado suceso que causó la muerte de su esposa —dijo, sin más preámbulos.

Pembroke le miró fijamente. sin dejar de moverse en la mecedora.

—No fue un accidente —contestó.

—¿Cómo?

—Edna fue asesinada.

—¿Con una araña venenosa?

—SI. lo mismo que el pobre Nat.

—Si es cierto, ¿por qué la asesinaron?

—Eso es cuenta mía, señor Banlock. No se preocupe; cuando llegue el momento, yo ajustaré las cuentas a ese asesino.

—Ah, ¿sabe el nombre...?

—Sí.

—¿Por qué no se lo ha comunicado a la Policía?

—No me hicieron caso. Se rieron de mí. Por poco me echan a patadas de la Jefatura. Entonces me dije que ya llegarla mi hora.

—Señor Pembroke, ¿cómo se llama el asesino?

—No se moleste, ya lo sabrá cuando llegue el momento apropiado.

Banlock se irguió. Era evidente que las respuestas del sujeto encerraban una obstinación que no conseguiría vencer con ningún argumento.

—Muy bien —dijo—. Iré a hablar con el jefe Laverne y ya veremos si pronuncia ese nombre o sigue callado.

—Adiós —respondió el otro secamente.

Diez minutos más tarde, Banlock estaba frente al jefe de Policía.

—Señor Laverne. Pembroke sabe quién es el asesino de su esposa —manifestó—. Quiero que le interrogue...

El policía no se inmutó.

—¿Sabía usted que Pembroke es un alcohólico? —contestó.

Banlock respingó:

—No, no lo sabía. Pero eso no debe ser obstáculo...

Una araña venenosa «Mitró en casa de los Pembroke y atacó a la mujer, ése fue el dictamen del forense y a eso me atengo.

Banlock comprendió que Laverne no senda el menor interés en profundizar en el asunto. Tampoco iba a decirle que él había sido objeto de una tentativa de asesinato con una araña venenosa.

Una de dos, se dijo: o Laverne era cómplice de algún asunto nada claro o no quería entrar en conflictos que alterasen su plácida existencia.

—Me gustaría saber qué opina usted de la muerte de Héctor Hill —dijo bruscamente.

Laverne se sobresaltó.

—Usted es un policía. ¿Cómo puede asegurar tal cosa sin pruebas que lo demuestren irrefutablemente?

—Hoy estaba en Seftonville; mañana, ya no estaba. ¿Qué más quiere?

—¿Tenía enemigos?

—Ni uno, señor Banlock; la gente lo adoraba.

—Tal vez tenía tres enemigos: las hermanas Orvison.

Laverne se agitó, incómodo, en su sillón.

—Admitiré que pudieron parecer sospechosas, pero no las considero culpables de ese asesinato.

—¿No tiene un sospechoso al cual señalar con el dedo?

El policía vaciló un breve instante.

—No —repuso, tajante.

—Está bien, gracias.

Banlock se marchó. Empezaba a sospechar que en Seftonville había gente interesada en que no se descubriese la verdad sobre la muerte de Héctor Hill.

Porque, si se revela el enigma, alguien sería considerado culpable del envenenamiento que tan atrozmente había dañado a las hermanas Orvison.

Alguien había pretendido hacerlas pasar por culpables y hasta había provocado, sigilosa y hábilmente, el resentimiento de una población. Pero, ¿con qué objeto?

Nadie hacia una cosa semejante sin un motivo muy concreto, se dijo.

Decidió hablar al día siguiente de nuevo con Harriet Orvison. Ella podría, seguramente, darle nuevos detalles sobre aquel crimen que parecía pasar como una gigantesca losa de granito sobre todos los habitantes del pueblo.

CAPITULO VII

Caminaba a buen paso, prefiriendo acercarse a pie a Hegwood, en lugar de utilizar el automóvil. Era una buena forma de hacer algún ejercicio.

Edna Pembroke había sido asesinada, lo mismo que Spelling. ¿Qué sabían ambos? ¿Qué sabía Adam Pembroke? ¿Por qué se negaba a hablar?

De repente, cuando ya había recorrido las tres cuartas partes de la distancia, creyó observar cierto movimiento entre los árboles.

Alguien se agitaba en la espesura. Lo primero que pensó fue en una emboscada y decidió ser cauto.

Buscó con la mirada. Un poco más allá divisó una rama caída en el suelo. Podía ser una buena arma para su defensa personal.

Agarró la rama y caminó con grandes precauciones hacia el lugar donde se agitaban los arbustos. Con la mano izquierda, apartó unos ramajes y entonces vio algo que le hizo sentirse horrorizado.

Colgado de una rama por el cuello, se agitaba un hombre, evidentemente en los espasmos de la agonía. El sujeto tenía ya un palmo de lengua fuera y los ojos parecían ir a saltarle fuera de las órbitas de un momento a otro.

Banlock lo reconoció en el acto.

—Dios mío, Pembroke...

Tal vez podía salvarlo aún, se dijo, a la vez que se precipitaba hacia adelante.

Tenía en el bolsillo una navajita. La cuerda pasaba por una rama y luego quedaba atada al tronco del árbol. Banlock, desplegó la navaja y empezó a cortar la cuerda.

La hoja, además de pequeña, era corriente, sin demasiado filo. Banlock maldijo profusamente, mientras se desesperaba por tardar tanto en conseguir su propósito.

—Si hubiese otro aquí... Yo sostendría a Pembroke por las piernas y el otro cortarla la cuerda...

La maldita soga, pensó, parecía de acero. Miró de reojo y vio que los movimientos de Pembroke se hacían cada vez más débiles.

De repente, sintió un estruendo horrible en el interior del cráneo.

Las piernas perdieron su fuerza. Dobló las rodillas y empezó a caer.

Un último sentimiento instintivo de ayuda al desgraciado que se debatía colgado de la soga le hizo estirar la mano para intentar asestar el corte final a la cuerda, pero la navaja se desprendió de sus dedos y cayó al suelo sin conocimiento.

* * *

Alguien le palmeó suavemente las mejillas. Luego sintió en el rostro una lluvia fresca y benéfica. Se agitó un poco y pronunció unas palabras incoherentes.

Vamos, vamos, señor Banlock dijo el hombre—. Despierte de una vez; no le ha pasado nada. Sólo recibió un buen golpe en la cabeza...

El hombre vertió más agua en su cara. Banlock estornudó y. al fin. abrió los ojos.

Las imágenes que aparecían en sus retinas estaban desenfocadas. Al cabo de unos segundos, consiguió reconocer al hombre.

—Señor Casters...

—Yo mismo —sonrió él aludido—. ¿Cómo se encuentra?

—La cabeza me duele horriblemente...

—Después de un golpe semejante, lo extraño seria que no le doliese. Se llevó un buen susto, ¿eh?

Banlock alzó la cabeza un poco. El cuerpo de Pembroke estaba a cinco o seis pasos de distancia, todavía colgado de la rama del árbol.

—¡Lo han asesinado! —exclamó Banlock—. Todavía vivía cuando yo llegué...

—¿De veras? Perdone que le contradiga, pero yo aseguraría que se trata de un suicidio.

—¿Cómo? —Banlock hizo un esfuerzo y quedó sentado en el suelo—. No puede asegurarlo...

—En Seftonville todos sabíamos que la muerte de su esposa afectó terriblemente al pobre Adam Pembroke. Sin duda, no lo pudo resistir y vino aquí para acabar con una existencia que se le hacía insoportable.

—Bien, parece que pudo ser así, pero no fue como dice, se lo aseguro.

—¿De veras? —dijo Casters, escéptico.

Banlock se tocó la parte posterior de la cabeza.

—Mire este chichón —dijo—. Alguien me atacó cuando iba a cortar la cuerda. Pembroke vivía todavía...

—Siento decirle que está en un error, señor Banlock —atajó Casters—. Mire detrás de usted, por favor.

El joven volvió la cabeza.

—No veo nada...

—La piedra. Usted vio el cuerpo de Pembroke colgado de la rama y ello le impresionó enormemente. Retrocedió, por instinto, a mí también me pasó lo mismo al verlo, tropezó con algo y cayó de espaldas, perdiendo el conocimiento cuando su cráneo chocó con la piedra. Amigo Banlock. es usted un hombre afortunado; pudo haberse roto la cabeza...

—Señor Casters, mire debajo del árbol. Encontrará la navaja con la que yo estaba cortando la cuerda. Por favor...

Casters accedió. Al cabo de unos momentos regresó de nuevo junto al joven.

—Lo siento. No hay ninguna navaja —informó.

Banlock se mordió los labios. De pronto, hurgó en sus bolsillos y sacó la navaja. Casters le miró con expresión de reproche.

—Cuando uno despierta después de haber perdido el conocimiento por un golpe violento, suele creer cosas que no se ajustan a la realidad —dijo—. Señor Banlock. yo no dudo de que sus intenciones de salvar la vida a Pembroke, pero se cayó antes de que pudiera hacerlo y perdió el sentido. A mí me pasó una vez algo semejante; claro que no me había encontrado con un cadáver colgado de la rama de un árbol...

—¿Qué hacía usted aquí a estas horas? —atajó Banlock bruscamente.

—Había salido a dar un paseo con Jubal. Somos muy amigos el chico necesita un padre. A él le gusta mi compañía y yo me siento muy dichoso de salir de vez en cuando con Jubal.

—No le veo...

—Ha ido a avisar al jefe de policía. Pronto llegarán aquí, no se preocupe.

—¿Así que Jubal y usted son buenos amigos? —dijo Banlock.

—Espero casarme un día con su madre —contestó Casters llanamente.

Banlock estudió un instante el rostro del hombre. Había franqueza y sinceridad en Casters. Sin duda, creía firmemente en la teoría del accidente. La piedra estaba allí...

Pero no tenía la menor duda de que el hombre que le había atacado, sin duda el asesino de Pembroke le había arrastrado unos pasos, dejándolo con la cabeza junto a la piedra. Incluso había vuelto la navaja al bolsillo para hacer más creíble la historia de la caída y el golpe subsiguiente.

* * *

Si eso fue así ¿por qué no le mató a usted también? preguntó Cobina, aquella misma tarde en la veranda de su casa.

—Es bien sencillo: si me hubiese matado, se habría visto que la muerte se debía a un asesinato. Y no le convenía; era mucho mejor que todos creyeran que se trataba de un suicidio, debido a la pena que le causaba la muerte de su esposa.

—Parece una hipótesis admisible —dijo ella.

—Lo es —insistió Banlock—. Pembroke me dijo que conocía el nombre del asesino de su esposa, pero que pensaba ajustarle las cuentas personalmente. Yo fui a ver a Laverne, y éste me dijo que Pembroke era un borracho habitual y que no había que darle crédito. Tengo la sensación de que a Laverne no le gusta demasiado que un forastero haya venido a remover unas aguas que estaban muy tranquilas.

—Es muy posible que haya algo de verdad en lo que dice. Por lo que he oído a mi padre en más de una ocasión, Laverne no es un policía lo que se dice especialmente activo. No será cómplice del asesino, por supuesto, pero tampoco pone demasiado interés en encontrarlo. A eso se le llama abulia, me parece.

—Yo lo calificarla con otro nombre —dijo Banlock ceñudamente—. No admito la abulia en un representante de la ley. Puede ser tranquilo, flemático, pero su obligación es buscar sin cesar los rastros que le permitan encontrar al asesino.

—Seftonville no es una gran ciudad...

—Lo mismo da. La ley no hace excepciones, Cobina. Es preciso respetarla y castigar a quienes la quebrantan... y a quienes, teniendo como obligación defenderla, no lo cumplen ni lo hacen cumplir.

—Yo creo que para Laverne es demasiado —opinó ella—. No se vaya a creer que es un Sherlock Holmes o un Nero Wolfe. Sus aptitudes son más bien limitadas, Elmo —sonrió la muchacha.

De todas formas, el asesino sigue por ahí, suelto, planeando tal vez nuevos crímenes.

Cobina se estremeció.

—¿Cómo puede decir una cosa semejante?

—Alguien conoce su identidad. Ese hombre es el mismo que mató a Héctor y luego envenenó a las hermanas Orvison, para acentuar aún más las sospechas que recaían sobre ellas. Nada ni nadie me hará variar de opinión a este respecto.

—¿Se le ha ocurrido decirle lo mismo a Harriet?

—Pensaba ir a verla, cuando me encontré con el cuerpo de Pembroke colgando del árbol. Iré mañana —prometió Banlock.

* * *

—Pobre Pembroke —dijo Harriet, al día siguiente—. No se merecía un final tan desastroso.

—¿Cree usted que fui un suicidio? —preguntó Banlock.

Harriet hizo un gesto ambiguo.

—Muchacho, lo que yo crea o deje de creer poca importancia tiene en este asunto —contestó ella—. Además, somos parte interesada. Cualquier cosa que digamos, la retorcerán contra nosotras. Por suerte, Heidie y Hettie ya no pueden padecer más. Los comentarios y murmuraciones ajenas no las afectan en modo alguno.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo él.

—¿Acaso espera que le diga que fue un asesinato?

—Su opinión, no lo que piense que yo deseo que me digan.

—Asesinato.

—¿Quién?

Harriet volvió a mover la mano.

—¿Por qué no habla con Luke Fenner? —dijo inesperadamente.

—¿Quién es Fenner?

—Vive en Seftonville. Es el capataz del aserradero de Luther Casters.

—Bien, pero, ¿qué le he de decir a Fenner?

—Pídale detalles de la vida de Héctor, eso es todo.

—Usted podría...

—No —cortó Harriet enérgicamente—. Prefiero que hable con Fenner sin estar condicionado por lo que yo pueda decirle antes.

—Muy bien, veré a ese individuo. Y ahora, Harriet, quiero que me diga una cosa.

—¿Si?

Ella le miró de frente. Su rostro estaba lleno de arrugas y correspondía al de una mujer de ochenta años. Los ojos, sin embargo, conservaban su brillo y vivacidad juveniles.

—Banlock se levantó y caminó hacia la chimenea. Cogió el retrato de las tres muchachas, con el hombre joven, y lo puso delante de Harriet.

—Usted no me dijo «toda» la verdad habló incisivamente.

Harriet aspiró el aire con fuerza.

—No me hubiera creído —respondió.

—Si, resulta difícil de creer, pero es cierto. ¿No han intentado jamás anular los efectos del veneno?

—Anton realizó infinidad de experimentos, pero jamás dio con el antídoto contestó Harriet—. Anton es el doctor Pfalk —aclaró.

—Perdone, pero con todos los respetos a sus conocimientos profesionales, el doctor Pfalk es sólo un médico de pueblo...

—Y un toxicólogo de mérito. Fue, durante muchos años, forense del condado de Broughton. Pero lo dejó todo para establecerse aquí,

hará unos quince años. Le agobiaba la vida de la ciudad y quería una existencia tranquila y relativamente sin complicaciones.

—Un hombre modesto —calificó Banlock.

—Envió muestras de nuestros líquidos orgánicos a los más reputados laboratorios. Nadie supo decirle jamás dónde estaba la solución para nuestros males.

—Comprendo. Perdone que haya dudado de él. Harriet.

—No tiene importancia —sonrió la mujer.

Banlock dejó el retrato sobre la repisa de la chimenea. Quiso decir algo sobre la tragedia que representaba para Harriet verse convertida en una anciana valetudinaria y poco menos que acabada, antes de cumplir los cuarenta años, pero no encontró las palabras apropiadas y prefirió callar.

Gracias por todo. Harriet.

—Ya lo sabe, venga por aquí siempre que lo desee —contestó ella amablemente.

CAPITULO VIII

Un vecino indicó a Banlock dónde podría encontrar a Fenner. El joven se puso en camino para hablar con el sujeto. Sentíase muy intrigado por saber lo que le diría el capataz del aserradero. Harriet lo sabía, sin duda, pero prefería que él lo conociera de labios del propio interesado.

En cierto modo, resultaba mejor. De este modo, las palabras de Harriet no podrían sufrir de una mala interpretación, se dijo.

Inesperadamente, se encontró con el doctor Pfalk.

El médico sonrió al verle.

—Bueno, ¿cómo se encuentra hoy su cabeza? La tiene bastante dura, muchacho: he conocido casos como el suyo, que se han cascado el cráneo como si fuese un huevo. Una caída hacia atrás, terminada en un pedrusco, es siempre algo muy peligroso, créame.

—Me encuentro perfectamente, doctor —contestó Banlock—. La inflamación ha desaparecido por completo y no noto secuelas perniciosas.

—Mejor así, muchacho, lo celebro infinito. ¿Ha hablado hoy con Harriet?

—Sí, estuvimos charlando un buen rato.

—Una mujer de todas prendas —dijo Pfalk melancólicamente—. Lástima que...

—Doctor, ¿no se ha sospechado jamás del autor de ese horrible envenenamiento? —preguntó el joven de sopetón.

—Yo sospecho de todos y de ninguno —contestó Pfalk rencorosamente—. Eran unas mujeres maravillosas y las acusaron de algo que no hicieron, aunque la mayoría sigue creyendo que mataron a Héctor Hill.

—Sí. y lo cortaron en cachitos y luego los pusieron en una olla —repitió Banlock cáusticamente—. ¿*No* se les ocurrió otro crimen peor? Por ejemplo, fabricar hamburguesas con la carne de Hill y venderlas públicamente. Los huesos, naturalmente, molidos, habrían sido mezclados con el pienso de las gallinas...

—Muchacho, no sea tan vitriólico. Nadie pensó de ellas una cosa semejante; sólo se dijo que lo hablan matado, enterrándolo luego donde jamás nadie pudiera encontrar el cadáver.

—Le ruego que me dispense, doctor. A veces tengo la lengua un poco suelta y no se reprimirme como debiera.

—Bueno, no tiene mucha importancia. Yo no lo voy a repetir a nadie... Perdone, muchacho; pero tengo trabajo.
—Pfalk soltó una risita —. ¡Y yo que vine hace quince años a Seftonville, buscando paz y tranquilidad!

Pfalk se marchó con paso rápido. Banlock meneó la cabeza y siguió andando. Poco más tarde, divisó la muestra de una taberna: «El Aguila de Plata".

Entró sin vacilar. Varios rostros se volvieron en el acto, pero dejaron de mirarle muy pronto. Banlock se acercó al mostrador, donde había un hombre grueso, en mangas de camisa, y con un enorme bigote negro.

—¿Si? —dijo el tabernero.

—Cerveza, por favor.

—Al momento, señor Banlock.

—Conoce mi nombre —sonrió el joven.

—Todos sabemos ya quién es usted y a qué ha venido a Seftonville. señor.

—Las noticias corren con rapidez, amigo...

—Mawberry. Gillian Mawberry. Puede llamarme Gili, como hace todo el mundo.

—Gracias, Gill.

Mawberry no parecía muy inclinado a seguir hablando. Banlock se dijo que, en todo caso, volvería otro día para tratar de sonsacarle. Ahora le interesaba más hablar con Fenner.

—Gill, estoy buscando a un hombre —manifestó, después de un par de tragos de cerveza.

—¿Quién es?

—Fenner.

—¡Eh. Luke —gritó Mawberry—, ven un momento! El señor Banlock quiere hablar contigo.

Banlock se pasó una mano por la cara. Debería haberlo anunciado por televisión, se dijo. Se habría enterado menos gente, pensó irónicamente.

Fenner se acercó con paso lento, pesado. Era un hombretón de más de metro ochenta y que pesaba casi cien kilos. El tipo ideal para capataz de un aserradero, se dijo el joven.

—Señor Banlock...

—Vamos a una mesa, Luke —propuso el joven—. Tomaremos unas cervezas y usted me dirá algo...

—¿Algo sobre Héctor Hill?

Bueno, si, pero preferiría que hablásemos a solas...

Inesperadamente. Fenner disparó el puño y alcanzó al joven en la mandíbula. Banlock, sorprendido, no pudo hacer nada por evitarlo y retrocedió con violencia, atropellando una mesa, que se volcó por su peso.

Poco después, sintió que le arrojaban una jarra de agua al rostro y se sentó en el suelo.

—¿Dije algo malo, Gill? —preguntó al tabernero, que se inclinaba

hacia él.

—Cometió un error, señor Banlock — respondió Mawberry—. Mencionar a Luke el nombre de Hill es como pronunciar el nombre de Satanás en una iglesia.

* * *

Banlock se tanteó la mandíbula con la mano y luego hizo una mueca.

Un golpe perfecto —dijo—. Creo que estuve un cuarto de hora sin sencido.

Cobina le miró con simpatía. Banlock estaba sentado en la veranda y ella le había traído una laza de café.

—Fenner tiene un genio muy vivo —manifestó—. Claro que se necesita un hombre de sus características para hacer que trabajen los hombres del aserradero.

—Cobina, yo no soy un leñador —rezongó él— Sólo le pregunté por Héctor...

—Una vez, Luke tuvo que ir al monte a seleccionar unos árboles para su tala. Volvió antes de lo que esperaba y se encontró a Héctor en la cama con su mujer.

—Vaya, parece que el buen Héctor, el ídolo de Seftonville, era hombre que no desaprovechaba una ocasión.

Ella, por supuesto, era también un poco... alegre. Demasiado desenvuelta, aunque, hasta entonces, no había hecho nada que se le pudiera reprochar.

—Pero vino Héctor y la hizo caer, ¿verdad?

—Es preciso reconocer que Héctor tenía mucho gancho para las mujeres —sonrió Cobina.

—Usted, por fortuna, tenía sólo once años. ¿Qué pasó después?

—Bien, Luke quiso dar una paliza a Héctor, pero éste tenía el revólver y amenazó con pegarle un tiro a Fenner. Así se libró de la paliza que Luke estaba dispuesto a propinarle.

—¿Ya no hubo nada más?

—Dos semanas después, la señora Fenner se marchó del pueblo. Su ausencia coincidió con la de Héctor, pero mientras éste regresó al cabo de un mes. a ella no se la volvió a ver jamás.

—¿Cree que se fugaron juntos?

—La gente piensa que fue una coincidencia. Todos dicen que fue ella la que sedujo a Héctor. Mi padre no opina así, Elmo.

¿Qué piensa el señor Farnham?

—Héctor y la señora Fenner se fugaron juntos. Ella era muy guapa, pero no tenía más que su bonita figura. Al cabo de un mes, Héctor se hartó y la abandonó sabe Dios dónde.

Si miramos el aspecto económico, la señora Fenner era solamente la esposa de un capataz de aserradero.

—Y el virtuoso Héctor aspiraba a algo más, económicamente hablando. Las hermanas Orvison, por ejemplo.

Eso dice mi padre y yo estoy de acuerdo con él.

—¿Lo ha comentado el señor Farnham con alguien más?

—No, no le gusta hablar del asunto. Sabe que todo lo que diga será inútil. La gente convirtió a Héctor en un ídolo, pero nadie supo ver que tenía los pies de barro.

Mary sí lo supo, aunque, por lo visto, demasiado tarde dijo Banlock intencionadamente.

—Todos podemos cometer errores. Elmo —contestó ella con acento sentencioso.

—Es verdad. Bueno, no quiero seguir molestándola más, Cobina. Gracias por el café. Y por los informes, claro.

—No se merecen, Elmo. La verdad es que me gustaría darle más noticias, pero no sé más que lo que ya le he dicho.

—Ha hecho lo que estaba en su mano —se despidió él.

* * *

Cuando Banlock se hubo marchado, Cobina permaneció todavía unos minutos en la veranda, profundamente pensativa. La llegada de Banlock había sido como una piedra arrojada a un estanque de aguas remansadas.

Las aguas, sin embargo, sólo reflejaban las imágenes superiores, sin permitir ver lo que había debajo. La superficie ocultaba algo hediondo y repugnante, pero sin que se pudiera saber qué era.

Sólo se vería cuando se rompiese el espejo. Pero, ¿cuándo sucedería?, se preguntó.

Abstraída en sus pensamientos, no se dio cuenta de que había una silueta en el extremo de la veranda. Pasaron unos segundos antes de que se percatase de que no estaba sola.

Miró hacia aquel lugar, que estaba a oscuras, y exhaló un leve grito de susto al ver la negra sombra. De pronto, el hombre adelantó un par de pasos.

—No se asuste, señorita Cobina, soy yo, Luke Fenner.

Ella respiró aliviada.

—Señor Fenner, me ha dado un buen susto se quejó.

—Lo siento muchísimo, no era ésa mi intención...

—Está bien. Dígame en que puedo servirle y lo haré con mucho

gusto.

—Buscaba al señor Banlock. *Sé* que viene a verla a veces...

—Se ha marchado ya. Y no está muy satisfecho de su comportamiento, señor Fenner.

—Lo lamento infinito. Perdí los estribos y no pude dominarme. Quiero hablar con él y pedirle disculpas...

—También debería contestar a sus preguntas, Luke.

Fenner asintió.

—Sí, creo que debo hacerlo —convino.

Muy bien, en tal caso, vaya al hotel. El se ha marchado hace unos diez, minutos y no creo que haya tenido tiempo de acostarse.

Fenner hablaba con el sombrero en las manos, dándole vueltas constantemente. Sonrió en la penumbra de la veranda.

—Gracias, señorita Cobina. Perdone mi forma de presentarme...

No se preocupe, Luke.

Fenner se perdió rápidamente entre las tinieblas. Cobina se sintió llena de curiosidad por saber lo que el capataz tenía que contarle a Banlock.

Por un momento, pensó en echar a correr detrás de él, pero desistió en el acto. No debía cometer una indiscreción semejante.

—Mañana me lo contará Elmo —murmuró.

Y se levantó para entrar en la casa.

Mientras, Fenner caminaba con paso vivo en dirección al hotel. Para atajar, se adentró en un oscuro callejón. La calle Mayor estaba a unos cincuenta o sesenta pasos de distancia, mucho más iluminada.

Inesperadamente, alguien salió a su encuentro.

Fenner no tuvo tiempo de gritar. Era un hombre de tremenda fortaleza física, pero su potencia muscular no le sirvió de nada.

Apenas si tuvo tiempo de ver un relámpago plateado delante de sus ojos. Inmediatamente sintió en la garganta un dolor frío, agudísimo, insoportable... Quiso gritar, pero no emitió sino un espeluznante gorgoteo.

Vaciló, como un borracho, con las manos en el sitio donde sentía el frío. Estaba condenado a muerte, pero a saber lo que le había pasado le produjo un terrible «shock* que aceleró rapidísimamente la pérdida de conocimiento.

CAPITULO IX

Entró en el hotel y maldijo entre dientes. La mandíbula le dolía. Ahora se aplicarla unas compresas frías...

Mary apareció tras el mostrador.

—Buenas noches, señor Banlock.

—¿Cómo está usted, señorita Witt?

—Siento lo que le ha pasado en la taberna de Mawberry. Ha sido realmente vergonzoso.

¿Quién se lo ha contado?

—Luther, por supuesto. Estuvo allí poco después de producido el incidente y se lo reprochó a Fenner.

Banlock se tanteó la mandíbula.

—Bueno, ya ha pasado. Mejor será que no le demos importancia —sonrió.

—Señor Banlock, ¿qué está pasando en Seftonville? ¿Por qué una población tan tranquila se ha alterado tan repentinamente?

Las cejas del joven se alzaron.

¿Ha dicho una población tranquila? Sin duda ha olvidado ya lo que sucedió hace doce años. Entonces, nadie sintió gran interés por aclarar las cosas. Incluso hubo alguien que intentó asesinar a tres mujeres inocentes. Lo que está pasando ahora es, simplemente, una consecuencia de lo que sucedió entonces, unos hechos a los que no supieron o no pudieron poner remedio. No me considere culpable a mi de los hechos actuales: si yo no hubiese venido para saber qué había sido de Héctor, otro lo habría hecho en mi lugar. Mi oficina tiene interés en encontrar al heredero de ese medio millón de dólares.

—Comprendo, pero...

—Pero alguien tiene aún más interés en que no se sepa la verdad. Y convendrá conmigo en que las señoritas Orvison no son culpable, sino víctimas. Harriet, la única que puede moverse, no está en condiciones de enviar cajas con arañas venenosas ni tirar de una soga, para que la muerte de un hombre aparezca como suicidio.

—Si, tiene usted razón —admitió Mary pesarosamente—. Pero hay más todavía.

—¿De veras?

—La gente empieza a darse cuenta de que Héctor no era el caballero de brillante armadura, que se ofrecía así a los ojos del mundo. Suele decirse que es muy sano reconocer los propios errores, pero la verdad es que a muy pocos les gusta admitir que se han equivocado.

—De acuerdo —concedió Banlock—. Pero, ¿es suficiente ese sentimiento de culpabilidad para empezar a matar a la gente?

Ella hizo un gesto con las dos manos.

—El asesino no quiere ser descubierto —respondió.

—Eso es indudable. Y estoy seguro de que, de un modo u otro, todos los que han muerto sabían quién era esa persona. Los Pembroke, Nat Spalling... Durante años, no sucedió nada, hasta que llegué yo y entonces se rompió la tranquilidad, y alguien empezó a pensar que podía sacar dinero si decía el nombre del asesino de Héctor Hill.

Con sinceridad, a mí no se me ocurre ningún nombre; de lo contrario, lo diría inmediatamente —respondió Mary.

—Lo sé —sonrió Banlock—. Pero hay algo muy extraño en este asunto.

—¿Sí?

—Las arañas. ¿Acaso abundan por el campo semejantes monstruos, más propios de países tropicales o desiertos cálidos, como el de Arizona?

—No, nunca se han visto aquí arañas semejantes, ni siquiera peligrosas. Arañas corrientes, de las que se encuentran a veces en las casas, muy pequeñas: tejedoras campestres... Pero tarántulas y «mygalas», no, jamás, puedo jurárselo.

—Entonces, alguien tiene en casa un criadero de esas arañas, y las emplea para...

Repentinamente, se oy6 un angustioso grito infantil:

—¡Mamá! ¡Ven, pronto! ¡Mamá, mamá! —resonó la voz de Jubal con trémolos de verdadero pánico.

Mary y el joven se miraron un momento. Luego ella, de pronto, echó a correr hacia el interior. Banlock puso ambas manos en el mostrador y saltó al otro lado.

Cruzó la puerta y oyó un grito de la mujer:

—Jubal, no te muevas, por el amor de Dios!

Banlock llegó al dormitorio del chiquillo y, aterrado, vio la enorme araña que estaba sobre la cama, dispuesta para lanzarse al ataque de un momento a otro.

* * *

El chico estaba sentado en la cama, con los ojos hipnóticamente fijos en el monstruoso artrópodo. Mary, al pie de la cama, no se atrevía a respirar siquiera y su cuerpo era un puro temblor de la cabeza a los pies.

Banlock miró a todas partes, buscando algo para combatir a la araña. Sobre una silla divisó el impermeable del muchacho. Aquella

tarde había caído un pequeño chaparrón y Jubal se lo habría puesto para salir a la calle.

—No se muevan los dos —dijo a media voz—. Quietos, quietos...

Agarró el impermeable con ambas manos y se acercó a la cama.

—Jubal, cuando yo te lo diga, salta de la cama murmuró.

El chico asintió en silencio. Bruscamente, Banlock lanzó el impermeable sobre la araña.

—¡Salta, Jubal!

El muchacho no se hizo de rogar. Al mismo tiempo, cuando el impermeable cala ya sobre el arácnido. Banlock golpeó con el puño cerrado, furioso, casi histérico, con todas sus fuerzas.

Debajo de su puño, algo se aplastó. Banlock recogió el impermeable por los costados, hizo un bulto y luego lo en volvió con la colcha de la cama.

Mary y Jubal habían salido de la estancia. Ella lloraba y gemía descompuestamente. El niño, sin embargo, parecía haberse recuperado rápidamente.

—Mamá, no es para tanto... Sólo se trataba de una araña y el señor Banlock ya la ha matado...

De pronto, Banlock vio algo caído al pie de la ventana del dormitorio de Jubal.

Era un papel de tamaño octavilla. Inclinándose, lo cogió y leyó:

> Sólo es un aviso. La araña es inofensiva, pero la próxima podría ser mortífera, si el huésped continúa todavía en el hotel.

Banlock inspiró con fuerza. Acercándose a la ventana, terminó de levantar el bastidor y arrojó fuera los restos de la araña. En el mismo instante, oyó una voz de hombre en el vestíbulo.

Con el mensaje en la mano, abandonó el dormitorio. Casters estaba hablando con Mary y el chico. Jubal decía:

—Menos mal que no tenía mucho sueno y me puse a leer un poco... Por eso pude ver al tipo que lanzó la araña dentro del cuarto...

Banlock oyó aquellas palabras y se acercó al pequeño grupo.

—Jubal, ¿has dicho que viste al hombre que lanzó la araña a tu dormitorio?

—Bueno, no vi más que una sombra... Unas manos con guantes... La araña cayó dentro y corrió hacia la cama... El hombre sólo enseñó las manos...

—Lástima —dijo Banlock—. Si hubieses podido distinguir más detalles, ahora sabríamos qué aspecto tiene el asesino.

Mary apretó al chico contra su cuerpo.

—No quiero que le pase nada a Jubal —declaró apasionadamente.

Como encuentre al miserable que quiso dar semejante susto al

chico, le romperé todos los huesos —exclamó Casters furiosamente —. Es odioso causar daño a las personas, aunque puede comprenderse en determinadas circunstancias. Sin embargo, intentar asesinar a un niño es algo que no tiene nombre.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Casters —contestó Banlock —. Es una perfecta canallada...

—Mary, ¿por qué no dejas que Jubal venga a mi casa? El chico estarla así más seguro.

Ella dudó un momento. Banlock habló antes de que lo hiciera Mary.

—No será necesario —dijo—. Yo me marcho ahora mismo. Ya vendré en otro momento a buscar mi equipaje y saldar la cuenta, señorita Witt.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Mary.

El joven se volvió hacia Casters.

Tengo noticias de que usted reprochó a Fenner su actitud —dijo—. Gracias por lo que hizo... y mañana, si no tiene inconveniente, me gustaría hablar con usted un rato.

—Será un placer —contestó Casters.

—Señorita Witt, ¿tendría inconveniente en prestarme una manta?

Mary respingó.

—Claro que sí. Pero... ¿por qué...? —insistió.

Banlock le entregó el papel.

Lo encontré al pie de la ventana del dormitorio de Jubal —explicó. Sacudió con la mano los cabellos del chico y añadió—. No puedo consentir que sufra el menor daño por mi causa. ¡Buenas noches!

* * *

Cobina terminó de arreglarse y pasó a la cocina, en donde su madre estaba ya disponiendo todo lo necesario para el desayuno. La muchacha observó que había tres servicios.

—Mamá, sólo somos dos —dijo.

La señora Farnham soltó una risita maliciosa.

—Hija, te ha salido un admirador que para mi lo hubiera querido yo cuando tenía tus años —contestó—. Ninguno de mis pretendientes pasó jamás la noche en la veranda de mi casa.

Cobina lanzó una exclamación de asombro. Cruzó la casa, abrió la puerta exterior y vio a Banloc dormido en la mecedora y envuelto en una manta.

—¡Elmo! —gritó—. ¿Qué haces aquí, en mi casa?

El joven despertó bruscamente. Fue a levantarse, pero las piernas se le enredaron en la manta, cayendo al suelo en una ridícula postura.

—Perdona, pero tuve que marcharme del hotel... —Gateó un poco y consiguió ponerse en pie—. No tenía dónde ir y no me pareció prudente pedirte una habitación.

—No comprendo absolutamente nada —declaró la muchacha. De pronto, comprendió que Banlock no había actuado de aquella forma sin un poderoso motivo—. Anda, entra y lávate un poco —sonrió—. El desayuno estará dentro de cinco minutos.

—Santa palabra —exclamó Banlock—. Estoy desfallecido de hambre... cuando la verdad es que debiera haber perdido el apetito...

Entró en la casa y se volvió hacia la muchacha.

—Anoche pusieron una araña en el dormitorio de Jubal —agregó.

Cobina se quedó petrificada por el asombro. La señora Farnham salió al encuentro del joven, con la sonrisa en los labios.

—Arréglese un poco, muchacho —dijo—. Luego, venga a desayunar, pero no respondo de las consecuencias. Si le sucede algo, declino toda responsabilidad, aunque, ciertamente, no le exigirá que me firme ningún papel exculpatorio.

Banlock miró fijamente a la madre de Cobina.

Señora, ¿cuánto tiempo hace que sirve el desayuno a su esposo? —preguntó.

—Pronto hará ya veinticinco años —contestó ella.

—Bueno, eso supone unos nueve mil días... Si el señor Farnham ha sobrevivido a nueve mil desayunos, me parece que yo también saldré ileso del primero que hago en esta casa.

La mujer se echó a reír.

—Tiene usted un humor envidiable. Elmo. ¿Me permite que le llame asi, muchacho?

—Y hasta silbando, si Ir parece contestó él alegremente.

Minutos más tarde, se sentaba a la mesa, con las dos mujeres. El café era delicioso, apreció muy pronto.

—Nunca me había sucedido nada semejante —declaró Cobina—. Tengo admiradores, por supuesto, pero ninguno de ellos, jamás...

—Ninguno se llamaba Elmo Banlock —contestó el joven gravemente.

—Sí, tienes razón. Bueno, ¿qué pasó?

Banlock se lo contó. Ella se quedó muy preocupada al conocer lo ocurrido durante la víspera.

—Es horrible —dijo —. La actitud de ese miserable revela una falta total de sentimientos. Yo concibo que se pueda amenazar a una persona, pero a un chico de pocos años...

—Cuando se han cometido ya varios asesinatos, lo que le pase a un niño no tiene importancia para el criminal —contestó el joven—. Al asesino no le conviene que yo siga investigando y emplea todos los métodos para entorpecer mi tarea.

—Pero no se atreve a enfrentarse directamente contigo, Elmo.

—No sabemos si lo hará en cualquier momento, cuando menos lo esperemos. De todas formas, ese hombre no me conoce.

—¿Cómo que no te conoce? Sabe quién eres...

—Perdona la inmodestia. Quise decir que no sabe bien cómo soy por dentro. No quisiera ufanarme, pero he tenido que vérmelas con tipos mucho peores cuando era ayudante del fiscal —puntualizó Banlock.

—Y, sin embargo, no se sabe todavía quién es ese misterioso individuo terció la madre de Cobina.

—Hay algo que me intriga sobremanera. ¿Por qué emplea arañas, bien sea para amedrentar a la gente, bien sea para asesinar? Esos animales no son corrientes en Seftonville...

—Perdone que le corrija, muchacho dijo la señora Farnham—. Casi lo acabo de recordar ahora. Hace muchísimos años, de descubrió un nido de tarántulas en Wegwood. Todavía vivía el padre de las señoritas Orvison y se rumoreó que el hombre quería conservarlas, aunque convenientemente aisladas. Era un tanto caprichoso y había llegado a tener serpientes y escorpiones en la casa.

—¿Por qué? ¿Era naturalista?

—Médico, aunque nunca ejerció. Hijo que quería investigar sobre el veneno de las arañas, pero murió a poco, de un ataque cardíaco, y las hijas destruyeron el nidal de tarántulas. ¿Quién sabe si después han vuelto a criar? Los animales, claro, no ellas...

—Y alguien lo sabe y cuando necesita una va y la busca...

—¿Por qué no? Es una posibilidad remota, aunque deberíamos tenerla en cuenta, ¿no le parece?

Banlock se acarició el mentón.

—En un caso así, no se puede desdeñar el menor detalle —convino—. De todas formas, son muchos años, más de doce...

—Catorce —puntualizó la madre de Cobina.

—Está bien, hablare con Harriet sobre el asunto. Pero antes tengo que ir al aserradero...

De repente, llamaron a la puerta. Cobina volvió la cabeza, alarmada.

—¿Quién podrá ser?

—¿Por qué no vas a verlo, hija? —sugirió su madre.

La muchacha se levantó. Banlock empezó a llenar nuevamente su taza.

—Hace usted un café exquisito, señora; el mejor que he probado en muchos años...

Banlock se interrumpió repentinamente. En el vestíbulo acababa de sonar un grito de alarma.

Inmediatamente se levantó y echó a correr. Cobina estaba en la veranda, con Laverne. El jefe de Policía parecía muy turbado.

—¿Qué sucede? —preguntó Banlock.

—Lo siento —se disculpó Laverne—. Yo sólo vine para saber si habían visto algo... Luke Fenner ha sido asesinado.

Banlock creyó que le daban un puñetazo en el estómago.

—¿Cómo... ha muerto? —inquirió.

Laverne miró de reojo a la muchacha. Cobina, estremecida de terror, se refugió en el interior de la casa.

—Señor Banlock —dijo el policía instantes después—, a Fenner le cortaron el cuello. Fue un asesinato salvaje; prácticamente tiene la cabeza separada del cuerpo.

CAPITULO X

—No tengo la menor idea de lo que podía decirle Luke —manifestó Casters aquella misma mañana—. En los últimos tiempos, se había vuelto muy reservado. Supongo que se veía ya con cierta edad, solo... Puedo asegurarle que sufrió un golpe durísimo, cuando supo que su esposa le engañaba con Hill. Desde entonces, ya no fue el mismo, créame.

Banlock asintió con leve gesto.

—Esas cosas marcan a un hombre para toda la vida —dijo—. Pero Luke tenía que saber algo o no hubiera ¡do a buscarme a casa de Cobina. Al no encontrarme, se dirigió al hotel, ya que Cobina se lo había indicado, y en el camino fue donde el asesino le atacó.

Debió de ser un hombre de gran fortaleza física supuso Casters—. Casi lo decapitó... Y Luke, créame, tenía un cuello de toro.

—No se necesita mucha fuerza física —dijo Banlock—. Basta un instrumento bien afilado y, sobre todo, hábilmente manejado.

—Una navaja de afeitar.

—Exacto.

Casters miró fijamente al joven.

—Yo uso navaja de afeitar. Se lo digo antes de que otros puedan contárselo.

—No se me ha ocurrido sospechar de usted, señor Casters —sonrió el joven.

—Algunos me miran de reojo, señor Banlock. Más de uno desearía verme en apuros, por no decir muerto.

Las cejas del joven se levantaron.

—¿Por qué?

Casters sonrió, a la ver que hacia un amplio ademán.

—Tengo un buen negocio, cada vez más próspero y acreditado. Sirvo madera, principalmente, para mobiliario del bueno. Eso. a veces, significa que un tronco de árbol o unos tablones, deben permanecer en el almacén años y años, secándose hasta que toda huella de humedad queda eliminada. Tengo una excelente clientela y nunca me faltan pedidos, lo que significa trabajo y dinero. Hay muchos que no pueden perdonar el éxito ajeno.

—Los animales carecen de ese vicio exclusivamente humano: la envidia —sonrió Banlock.

—Además, resulta que estoy enamorado de Mary, que deseo hacerla mi mujer y no me importa si hace años cometió un error. Todavía quedan en Seftonville mentes estrechas. Hay muchos que querrían ver a Mary eternamente de luto, sin arreglar, purgando su pecado durante el resto de sus días...

—Nunca faltan tipos que piensan así. No les haga caso, señor Casters. Cásese con Mary; ella le quiere y serán muy felices.

—Lo haremos tan pronto termine unos trabajos de gran urgencia, dentro de cuatro semanas, quizá menos. Una cosa, señor Banlock.

—Dígame, señor Casters.

—Si le he contado algo de mi negocio, es porque quiero que sepa que no me guía el interés hacia Mary. Ya sé que el chico puede heredar medio millón, pero si ello resulta ser cierto, ya lo hemos hablado, ese dinero quedará en el Banco hasta su mayoría de edad y, si desea estudiar, para costear su carrera universitaria.

—Nunca se me hubiera ocurrido pensar nada semejante de usted —dijo el joven—. Además, usted ya pretendía a Mary cuando yo llegué a Seftonville.

—Ella sufrió un terrible desengaño y pasaron bastantes años antes de que empezara a pensar que no todos los hombres eran como Hill.

La entrevista había tenido lugar en el despacho de Casters, situado en una de las alas del recinto del aserradero, que se veía ahora en plena actividad. Casters consultó su reloj.

—Bien, tengo que volver al trabajo. Mañana lo suspenderemos para asistir al entierro del pobre Luke. S£ que algunos pensarán que no hago bien, cerrando hoy el aserradero, pero al propio Luke no le habría gustado que suspendiésemos la tarea. Dudo mucho de que pueda encontrar otro capataz como él. Si el calificativo de «mano derecha» puede aplicarse a un hombre, ése era, sin duda. Luke Fenner.

—Lo lamento de veras —dijo Banlock —. Gracias por todo. señor Casters.

—Me gustaría verle en la boda —sonrió el hombre.

—A menos que me encierren en una mazmorra cargado de cadenas, le prometo asistir —se despidió Banlock.

* * *

Caminaba pensativo, preocupado por el giro que estaban tomando los acontecimientos, ¿Qué sabían los Pembroke y Spelling? ¿Qué había querido decirle Fenner?

De pronto, se encontró con el doctor Pfalk.

—Hola, muchacho. ¿Cómo van sus asuntos?

—No puedo decir que marchen viento en popa —contestó el joven —. Casi diría que no van de ninguna manera.

—No se desanime, hombre; ya verá cómo saca a flote el caso. A propósito, ¿cómo marcha su cabeza?

—Bien, ya no me duele en absoluto.

—Lo celebro. Pero veo que tiene la mandíbula un poco hinchada...

—Fenner me dejó *K. O.* de un puñetazo.

Pfalk puso cara de asombro.

¿Qué hizo ese bruto? —exclamó.

—Dije que quería hablar con él y me golpeó, sin más. Luego sé que se arrepintió y que quería verme, pero no pudo conseguirlo. Le cortaron el cuello antes de llegar al hotel.

—Ha sido un crimen realmente bestial. Mire, Elmo, no sé para qué pagamos impuestos, con los que vive un jefe de Policía abúlico e inepto. Lo he dicho más de una vez; un leño nos resultarla más barato. Sólo gastaría un bote de barniz protector cada tres o cuatro años...

Banlock se echó a reír al escuchar aquel mordaz comenta rio.

Pfalk meneó la cabeza.

—En fin, no vale la pena seguir hablando de este asunto. Discúlpeme, tengo que visitar a un enfermo...

El médico se marchó. Banlock regresó al hotel.

—Vengo a recoger mis cosas, señorita Witt —anunció—. ¿Tiene la bondad de prepararme la cuenta?

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Se marcha de Seftonville?

—No, todavía no, claro.

—Entonces, quédese en el hotel. He reflexionado mucho, señor Banlock, y he llegado a la conclusión de que no voy a dejarme amedrentar por un asesino sin conciencia.

—Pero Jubal...

—Jubal estará seguro en casa de Luther. Su ama de llaves cuidará de él.

—Mary, no sé cómo darle las gracias...

Ella sonrió.

—Sin duda, necesita cambiarse de ropa. Suba a su habitación y no se preocupe de más. ¿Quiere tomar antes un poco de café?

—Luego, cuando me haya cambiado... Ah, una cosa.

—Si, diga, por favor.

—Se trata de una pregunta íntima. Quizá no le agrade escucharla.

—Ya estoy habituada a oír cosas poco agradables —contestó Mary—. ¿De qué se trata?

—Usted y Héctor... Bueno, la consecuencia fue Jubal... ¿Por qué no se casaron? ¿No mencionó él jamás la palabra matrimonio?

Los bellos ojos de Mary se oscurecieron.

—En un principio, sí debo admitirlo. Después, cuando se enteró de que yo iba a tener un hijo... no lo negó, pero tampoco se mostró demasiado entusiasmado. Yo vi pronto su reticencia y estuve a punto de echarme a sus pies. Pero luego venció mi orgullo y me dije que no le pedirla nada que él no estuviese dispuesto a darme. había podido darme cuenta de la clase de hombre que era y supe que, aunque consiguiera persuadirle para que se casara conmigo, el matrimonio acabarla convirtiéndose en un infierno. Muchos pensaron de manera distinta y por eso me miran de reojo, cuando me miran... pero el tiempo ha demostrado que tengo razón.

—Sobre todo si se piensa que tenía motivos para asesinarlo —dijo Banlock.

—En todo caso, lo habría hecho después de habernos casado. cuando Jubal ya tuviera un apellido, ¿no le parece?

Banlock sonrió.

—He expresado una hipótesis, no la he acusado en absoluto —se justificó—. Mary, vaya calentando el café —añadió—

—Si, ahora mismo, Elmo.

Banlock se encaminó hacia la escalera que conducta al primer piso. Mary le llamó repentinamente.

—Elmo, si alguien le dice que Luther mató a Héctor, no le crea en absoluto —exclamó.

El joven hizo un gesto afirmativo. Sonrió y continuó su camino hacia el primer piso.

* * *

Hacía calor y las nubes se veían grises y henchidas en el ciclo. Quizá descargarla algún chubasco antes de que se acabase el día, pensó Banlock, mientras empujaba la puerta de «El Aguila de Plata».

Había muy poca gente en aquellos momentos. Banlock se acercó al mostrador. Mawberry le miró oblicuamente.

¿Qué le sirvo, señor Banlock?

Cerveza, por favor. Una buena jarra.

—Sí, al momento.

Mawberry empezó a verter la cerveza.

—Hace calor, ¿eh?

—Un poco —sonrió el joven.

—Eso es bueno. Me gusta sentir mucho calor, señor Banlock.

—En cambio, yo estoy casi ahogándome... ¿Cómo se encuentra a gusto con esta temperatura tan sofocante, Gill?

—Es que... pienso en el pobre Luke, que ya no siente frío ni calor y... Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí. Gill—sonrió Banlock.

—Terrible, un suceso terrible —calificó Mawberry.

—¿Quién lo asesinó, Gill?

Mawberry se encogió de hombros.

—No es prudente hablar —dijo.

—¿Tiene miedo?

—Oh, no. Pasa que... me parece mentira... Seguramente estoy equivocado, aunque no puedo evitar pensar de ese modo, señor Banlock.

—¿En quién está pensando. Gill?

Mawberry se acodó de pronto en el mostrador.

—Casters —susurró.

Banlock hizo un gesto de sorpresa.

—No lo creo —murmuró.

—¿Sabía usted que hace algunos años Casters encontró un nidal

de arañas en el bosque? Eran unos bichos enormes, verdaderamente asquerosos... Trajo un par de ellas para que las viéramos... Algunos enfermaron y casi vomitaron...

—Pero eso no quiere decir que Casters sea el asesino.

—Bueno, yo no le acuso, pero tampoco pondría la mano en el fuego por él. Por si no lo sabía, le diré que hubo un tiempo en que mariposeó detrás de Harriet Orvison. Incluso se peleó por ella con Héctor Hill.

—No me hablan dicho nada —murmuró el joven —. ¿Quién ganó?

—Casters, naturalmente. Tiene puños de leñador. Héctor era muy alto y robusto, pero sólo fachada. Cayó el segundo golpe. Pero, lo que son las cosas. Harriet lo prefirió a él...

—En tal caso, ¿usted supone que Casters pudo vengarse más tarde de Héctor...?

Mawberry hizo un gesto ambiguo.

—Yo no le acuso formalmente; sólo digo cosas que sé que ocurrieron realmente —contestó.

—Si eso fuese cierto, ahora tendría que ser el asesino de un mormón de personas, incluyendo a su propio capataz, ¿no cree?

—La señora Fenner coqueteó también con Casters. Eso lo sabemos todos, señor Banlock.

—¿Hubo algo más intimo? De Hill se sabe que lo encontraron en la cama con la mujer de Fenner. ¿Puede decirse lo mismo de Casters?

—Hombre, no... Eran rumores... Ella era una tía con muy poca vergüenza; ni siquiera sé cómo fue capaz de casarse con el bruto de Luke.

—Habladurías, Gill, nada más que habladurías. Nada, en suma, que permita acusar firmemente a Casters.

Y, sin embargo, recordó de pronto, Casters había aparecido inesperadamente en el lugar donde Pembroke moría colgado del árbol. Tal vez le había golpeado, colocándole después junto a la piedra y poniendo la navaja en el bolsillo de la chaqueta.

Pero había algo que convertía aquellas suposiciones en hechos de muy difícil demostración. Casters había dicho que estaba de pasco con Jubal. Claro que él no había visto al chico en ningún momento...

—Supongamos que fue él —dijo, tras unos momentos de reflexión —. En tal caso, ¿por qué asesinar, por ejemplo, a Pembroke?

—Hace años. Edna Pembroke era una mujer muy guapa. Madura, pero terriblemente atractiva. Luego, como su marido. empezó a beber... Por eso lo despidió Casters. Pembroke trabajaba en el aserradero y un día, borracho, estuvo a punto de provocar una catástrofe...

Mawberry se interrumpió repentinamente. Banlock vio que el tabernero se había puesto pálido como un difunto y tenía los ojos abiertos como platos.

En el mismo instante, sonó una voz de tonos joviales;

—¡Hola a todos, amigos! Vamos, acérquense al mostrador para tomar una copa. Yo les invito para celebrar mi vuelta a casa.

Banlock se volvió y divisó a un hombre alto, grueso, con doble papada y cabellos con algunas canas en las sienes, elegantemente vestido y que sonreía como si se sintiera sumamente satisfecho de la vida.

En la taberna reinaba un silencio absoluto. Banlock giró la cabeza para preguntar a Mawberry por la identidad del recién llegado, pero, en el mismo momento, vio que el tabernero se santiguaba, como si hubiese visto un fantasma.

Luego. Mawberry lanzó una exclamación:

—¡Dios santo! ¡Es Héctor Hill!

CAPITULO XI

Cobina sacó la bandeja y la puso en una mesita, situada en la veranda. Luego empezó a llenar las tazas.

—Ha sido una bomba, ¿verdad? —sonrió.

—La gente de Seftonville está aplanada. Nadie acierta a explicarse cómo ha vuelto Héctor —dijo Banlock.

—¿Qué dice él? ¿Has hablado con Héctor?

—Si, y se siente muy contento de haber vuelto tan oportunamente. Figúrese, doce años ausente, vuelve y se encuentra con medio millón.

—Le parecerá estar soñando. ¿Por qué se marchó?

—He conseguido sonsacarle. Se daba cuenta de que no podría vivir a gusto si se casaba con una de las tres hermanas. Además, tenía el asunto con Mary. Y, por si fuese poco, se ahogaba en Seftonville. Quería buscar horizontes más amplios... Claro que no es más que la excusa que pone para justificar su huida. Ya tenía detrás de sí el conflicto con Fenner y hasta es muy posible que sintiese miedo del capataz, cuando volvió sin su mujer. Lo cierto es que no ha permanecido mano sobre mano y que ha ganado bastante dinero estos años.

—¿Piensa quedarse en Seftonville?

—No lo ha dicho claramente. Por el momento, permanecerá una temporada en el pueblo. Tiene la casa que pertenecía a su madre y quiere ponerla en venta. Aún no sabemos qué hará. Cobina.

—¿Sabe lo que ha pasado en estos últimos tiempos?

—Mawberry se lo contará todo. Yo me quedé unos minu tos haciéndole algunas preguntas. Luego me marché. —Banlock torció el gesto—. Es un tipo verdaderamente repulsivo: se cree el mejor del mundo, no hay nadie tan listo ni atractivo como él... Realmente, se sorprendió muchísimo cuando se enteró de que todo el mundo le creía muerto.

—En doce años, no fue capaz, de escribir una sola línea —dijo Cobina.

—¿A quién?

—Bueno, tenía problemas, pero no debía dinero a nadie. Podía haber escrito a Laverne o al doctor... Incluso a su madre, pero la pobre señora murió creyendo que su hijo había sido asesinado.

—Ciertamente, Mary tenía razón cuando renunció a la idea de pedirle que se casara con él. Sin embargo, sucumbió...

—No se lo reproche. Doce años atrás, Héctor era hombre capaz de hechizar a un pajarillo y hacerle bajar del árbol a su mano. Hoy día. en Seftonville. no obtendría los mismos éxitos, se lo aseguro. Pero fuera

de la ciudad, en lugares donde no le conocen, habrá conseguido cosas que ni siquiera somos capaces de imaginarnos.

Banlock consultó el reloj.

—Bien, Cobina, voy a hacerte una proposición —sonrió.

—Honesta, supongo —dijo ella maliciosamente.

—Tampoco será una proposición de matrimonio.

Habla, me devora la curiosidad.

—¿Quieres venir conmigo a Wegwood?

Ella se puso en pie inmediatamente.

—No tardaré ni cinco minutos en estar arreglada —contestó.

* * *

Puesto que llevaba a la muchacha consigo, decidió ir en automóvil. De este modo, en poco menos de diez minutos, estaban ya en Wegwood.

Harriet se hallaba en el jardín, paseando con Hettie. Al verlos, se detuvo y les contempló especulativamente.

—Hola, Elmo —dijo—. ¿Cómo estás, Cobina?

—Celebro verla, señorita Orvison —contestó la muchacha. Miró a Hettie y se estremeció.

—Elmo, supongo que quieres hablar conmigo —dijo Harriet.

—Si —repuso el joven.

—Bien, pueden esperarme los dos en el salón. Estaré con ustedes dentro de cinco minutos.

Banlock y la muchacha entraron en la casa. El se acercó a la chimenea y cogió la fotografía.

—No cabe duda, es él, con doce años y veinte kilos de más —dijo, mientras contemplaba la sonriente cara de Héctor.

—La gente de Seftonville debe de sentirse terriblemente avergonzada —supuso la muchacha—. Todos estos años han acusado a tres pobres mujeres de un crimen que no cometieron; las han tratado horriblemente, con injusticia, quisieron envenenarlas...

—Y todo por un hombre que carece del menor sentido de la vergüenza y de la dignidad. En cambio, en un campeonato de cínicos, Héctor se llevarla el primer premio sin discusión.

—Sí, siempre fue un hombre muy voluble y con muy poca moral —dijo Harriet en aquel momento—. Pero ya no existe y no parece correcto criticar a un muerto.

Banlock se volvió lentamente hacia la mujer.

—Harriet, tengo que darle una noticia —manifestó.

—No será buena, supongo. Hace muchos años que no recibimos buenas noticias —dijo la mujer.

—Depende de la perspectiva. Una cosa es segura: nadie podrá decir ahora que ustedes asesinaron a Héctor Hill.

—¿Han encontrado al asesino?

—No. Héctor Hill vive. Hoy precisamente, ha regresado a Seftonville.

Cobina observaba lentamente a Harriet y la vio desfallecer un instante. Compasiva. se acercó a ella, pero Harriet la rechazó con un ligero ademán.

Sin embargo, se sentó. Luego hubo un largo silencio.

—Elmo —dijo Harriet al cabo— cuéntame, por favor.

Banlock habló rápida y sucintamente. Ella le escuchaba con ojos cerrados. Cuando el joven hubo terminado, dijo:

—Mis hermanas y yo hablamos llegado por fin a conocer a Héctor y saber la clase de hombre que era en realidad. Cuando lo rechazamos, aún no sabíamos nada de su romance con Mary Witt. Pero esto nos dio la razón.

—Sin embargo, encontraron el reloj de Héctor en la habitación de Hilda.

—Alguien lo puso allí. Héctor jamás puso los pies en ninguno de nuestros dormitorios —contestó Harriet rotundamente.

—Y pensar que por ese miserable han vivido ustedes todos estos años una horrible existencia... —dijo Cobina, indignada—. Usted, convertida en una anciana; Hettie e Hilda, inválidas sin recuperación posible... Me pregunto quién pudo ser el miserable que las odiaba hasta ese extremo.

Cobina se volvió hacia el joven.

—¿No pudo ser una mujer despechada?

—Mary no, por supuesto. Ni tampoco la señora Fenner, aunque, desde luego, no fueron las únicas conquistas de Héctor —dijo Banlock.

—Lo peor de todo es que no hay recuperación posible —dijo la muchacha—. Ni siquiera los esfuerzos del doctor Pfalk han conseguido mejorar la situación de estas pobres mujeres.

—Pfalk lo ha probado todo, incluso veneno de arañas —dijo Harriet.

Banlock, respingó.

—¿Veneno de arañas? —repitió.

—Si, aunque en dosis infinitesimales...

De repente, llamaron a la puerta.

Harriet quiso levantarse, pero la muchacha se lo impidió.

—Yo abriré —dijo.

Cobina abandonó el salón. A los pocos segundos. Banlock la oyó lanzar una exclamación de sorpresa.

—¡Usted!

El joven se asomó a la puerta y dio un ligero respingo.

—¿Quién es? —preguntó Harriet.

—Héctor Hill —contestó Banlock.

Ella extendió una mano.

—No le dejen entrar. Díganle que se marche, no quiero verle más por mi casa —ordenó.

—Sí, Harriet.

Banlock se acercó al visitante.

—Márchese, Héctor.

Hill le dirigió una mirada llena de impertinencia.

—Eso tendrá que decírmelo Harriet. O Hettie o Hilda —contestó.

—¡Te lo digo yo, Héctor! —gritó Harriet desde el salón ¡Vete de esta casa y no pongas los pies más en ella durante el resto de tus días!

—Ya lo ha oído, señor Hill —dijo el joven—. Váyase...

—Esa voz no es la de Harriet —alegó el visitante, sin abandonar su tono fanfarrón —. Debe de ser otra mujer.

—Héctor, si no se marcha ahora mismo juro que lo echo a puntapiés —dijo Banlock que contenía difícilmente su furor—. Váyase o no respondo de mi.

Hill estudió el rostro de Banlock y llegó a la conclusión de que el joven estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Te nía ya cuarenta y cuatro años y demasiada grasa sobre el esqueleto. El resultado de una posible pelea no ofrecía dudas.

—Está bien, me voy, pero volveré...

—No se lo aconsejo. Hill. Yo estoy aquí para entregarle la herencia, pero en todo lo demás no le debo absolutamente nada, ¿entiende?

—Sí. Y, a propósito, ¿cuándo me va a hacer entrega de...?

—Antes de que se acabe el día, tendrá en su poder toda la documentación necesaria, para que vaya a Chicago y le hagan efectiva la herencia.

—Le veré más tarde, Banlock —se despidió Hill.

Subió a su coche y se alejó a toda velocidad. Banlock asió el brazo de la muchacha.

—Volvamos adentro —dijo—. Tengo que hacerle a Harriet alguna pregunta sobre veneno de arañas.

* * *

Regresaron al pueblo al atardecer. Cobina estaba profundamente impresionada.

—Voy a ver al jefe de policía —dijo él.

—Muy bien. ¿Quieres que te acompañe?

—Como gustes. Quizá sea mejor que te oiga también a ti. A fin de cuentas, yo soy forastero.

—Sí, Laverne suele tener cierta prevención hacia los que no son de Seftonville —contestó la muchacha.

Cuando entraron en el despacho del jefe de policía. Laverne estaba hablando con un hombre que vestía de oscuro. El sujeto se marchó de inmediato.

Laverne les miró un momento y luego bajó la vista hacia el objeto que tenía en las manos, un diminuto triángulo de metal brillante. Detrás de los cristales de sus lentes de vista cercana, los ojos del policía expresaban una clara preocupación.

—¿Alguna pista, jefe? —preguntó Banlock.

—Esto —contestó Laverne—. Un trozo de metal, evidentemente de un cuchillo o un puñal. El hombre que ha salido es el encargado de las pompas fúnebres. Cuando estaba «arreglando» al pobre Fenner, vio que se cala de su cuello. Seguramente se quedó incrustado en alguna vértebra o tendón y luego, la carne, al enfriarse...

Cobina se puso una mano en la boca.

—Jefe, por favor —rogó.

—Bueno, son cosas que se tienen que decir —se disculpó Laverne —. Ustedes, por lo que veo, tienen algo importante que declarar.

Banlock vaciló un momento. ¿Tenía pruebas suficientes?, dudó.

Repentinamente decidió abstenerse de contar al jefe de policía lo que sabía. No estaba seguro de la actitud que tomarla Laverne. Preferirla actuar por su cuenta.

—¿De modo que ese trozo de metal pertenece al cuchillo que empleó el asesino para matar a Fenner? —preguntó.

—Sí, indudablemente.

—Permítame, jefe — rogó el joven cortésmente.

Tomó con dos dedos aquel diminuto trozo de metal, no mayor que la uña de su dedo anular y lo contempló atentamente durante unos segundos. Luego, con la sonrisa en los labios, lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—Sí, era de un cuchillo. Muy afilado, no cabe duda. Bueno. Cobina, vámonos.

Laverne les miró con sorpresa.

—Creí que habrían venido a decirme algo —exclamó.

—No, sólo queríamos saber si usted tenía noticias que darnos. Gracias, jefe.

En la calle. Cobina fijó la vista en el joven.

—Elmo, ¿qué te propones? —preguntó.

—Ahora ya sé quién es el asesino —dijo—. Pero desconozco muchos de sus motivos, por no decir todos. Por eso quiero hablar a solas con él antes de que Laverne le ponga la mano encima.

—Quizá, al saberse descubierto, intente escapar —apuntó ella.

—Descuida, no se lo permitiré —contestó Banlock firmemente.

CAPITULO XII

El doctor Pfalk abrió la puerta y contempló a la pareja por encima de los lentes que usaba para leer. Estaba en mangas de camisa, pero llevaba un delantal de goma y guantes.

—Hola, muchachos —saludó afablemente—. ¿Les ocurre algo? ¿Necesitan alguna medicina?

—Queremos hablar con usted —manifestó Banlock.

—Bueno, pero tendrán que ser breves... Estoy ocupado...

Banlock frunció el ceño. En aquel delantal de goma había visto unas gotas de sangre.

Pfalk se echó se reír.

—Estaba haciendo la disección de un perro —explicó—. Naturalmente, antes lo mate mediante una inyección... Pero ¿de qué quieren hablarme?

—Voy a ser sincero, doctor —dijo el joven —. ¿Por qué envenenó usted a las hermanas Orvison?

Pfalk abrió la boca, como si se sintiera estupefacto. Luego. de pronto, dio media vuelta y entró en la casa.

Banlock y la muchacha le siguieron. Pfalk apoyó una mano en la mesa que había allí.

—De modo que, al final, lo ha averiguado —murmuró.

—Usted se quedó con el nidal de arañas que descubrió el padre de las señoritas Orvison. El señor Orvison investigaba el veneno de esas arañas, pero murió. Ellas le dijeron que se llevara sus horribles bichos; no podían soportarlos. Usted se las trajo a casa y... seguramente, ha continuado con su afición durante todos estos años.

—Y no lo ha sabido nadie jamás declaró Pfalk orgullosamente.

De pronto, golpeó la mesa con el puño.

—Si, yo las envenené. Todo el mundo las acusaba de la muerte de Hill y traté de ayudarlas, pero se rieron de mi...

—Les propuso casarse con una de ellas. Ninguna aceptó la solución — dijo el joven.

—¿Se lo ha contado Harriet?

—Sí.

—Se burlaron de mi... Yo era bastante mayor que ellas, por supuesto, y no era un hombre apuesto ni elegante... pero tampoco merecía que me humillasen de semejante manera, con tanta crueldad...

—No trate de justificarse. Quizá tomaron a broma su proposición, pero no hubo burlas sangrientas. La respuesta fue siempre cortes, jamás ofensiva.

—Entonces, cree a Harriet más que a mi?

—¿Por qué no? Después de lo que he averiguado, en ese tema, al menos, usted no me merece ningún crédito —dijo Banlock tajantemente.

—Las envenené, sí —admitió Pfalk colérico—. El pueblo las acusaba de la muerte de Héctor. Era la mejor ocasión para vengarme de sus desdenes...

—Pero el veneno no actuó como usted deseaba.

—No. Supongo que no empleé la dosis adecuada o el tratamiento utilizado para poder administrárselo en el té alteró algunas de sus propiedades. Era veneno de araña, por supuesto. pero fue a su organismo por vía oral, no a través de la sangre, como sucede cuando ataca una araña. Y, naturalmente, no podía poner una inyección a cada una de ellas.

—Entonces, el veneno no hizo nada a Harriet, salvo envejecerla prematuramente Pero las otras dos...

—Se trata de un tóxico cuyas propiedades no he podido determinar bien al cabo de los años —declaró Pfalk —. Una cosa es segura: sus efectos son irreversibles.

—Si, ya nos hemos dado cuenta de ello. Pero ahora tendría que explicar por qué mató a los Pembroke...

—Edna había trabajado un tiempo en mi casa y llegó a saber que yo tenía arañas venenosas aquí. Relacionó lo ocurrido a las Orvison con las arañas y quiso pedirme dinero por su silencio. Ella creía que usted buscaba al asesino de Héctor; sospechaba de mí... y no tuve otro remedio que matarla.

—Lo mismo que a su marido.

—El suicidio era una solución lógica para un hombre desesperado por la muerte de su esposa.

—Sí. y por eso respetó mi vida, porque si me hubiera matado entonces nadir habría creído la tesis del suicidio —arguyó Banlock—. ¿Qué me dice de Spelling?

—Era un charlatán, un borrachín... Metía sus narices en todas partes; un día me vio en el laboratorio... Sin duda, me descuidé con las ventanas y él pasaba por allí...

—Comprendo. Pero ¿qué me dice de Fenner?

—¿Cómo sabe que lo hice yo? —preguntó Pfalk, asombrado.

—Degolló al capataz, pero no empleó una navaja de afeitar. Fue un golpe asestado con terrible fuerza; casi lo decapitó. Todos pensábamos en un cuchillo muy afilado o una navaja de afeitar. A nadie se le ocurrió que podía emplear un escalpelo.

—Un arma muy efectiva —sonrió cínicamente.

—Golpeó muy fuerte, tanto, que la parte de la punta se quebró y quedó incrustada en el cuello. Luego se desprendió y el empleado de pompas fúnebres se la llevó al jefe de policía. Laverne ignora a qué clase de cuchillo pertenece ese fragmento.

—Un escalpelo, ya no hay duda. Bueno, resulta que Fenner, pese a lo que pueda parecer, era muy amigo de Spelling. También sabía estudiar y buscar huellas. Era un leñador, lo que significa que había vivido casi siempre al aire libre. Le vi buscando rastros en tomo a la cabaña de Spelling y me di cuenta de que había dejado pisadas marcadas en la tierra de los alrededores. Fenner acabaría por decubrirme y...

—Y usted eliminó así un peligro cierto.

Pfalk hizo un gesto con las manos.

—No podía permitirlo —contestó —. Pero usted fue muy astuto y electrocutó a la araña que yo le había enviado...

—No podía permitime correr riesgos —contestó el joven—. Dígame una cosa, fue usted quien puso el reloj de Héctor bajo la alfombra del dormitorio de Heidi?

—Si —contestó el médico—. Encontré ese reloj en el dormitorio de Mary Witt. Héctor se la había olvidado allí y yo lo guardé singue ella se diera cuenta.

—¿A qué fue al dormitorio de Mary? —preguntó Cobina repentinamente.

Pfalk sonrió.

—Mujer, ella ya estaba embarazada. Necesitaba mis servicios.

Hubo un momento de silencio. Luego, Banlock dijo:

—Doctor, el jefe Laverne tiene que saber lo que sucede. Nosotros no podemos permanecer callados, como puede comprender.

Pfalk guardó silencio un momento, como si meditase acerca de la respuesta que debía dar al joven. Luego movió una mano.

—Síganme, por favor.

* * *

Pfalk cruzó la sala y se adentró en un pasillo poco alumbrado. En aquel lugar el ambiente era cálido, casi opresivo.

Banlock avanzó unos pasos. Pfalk se detuvo frente a unas puerta situada al final del corredor. En el mismo instante, Banlock divisó otra, a su derecha, que estaba entreabierta.

Impulsado por la curiosidad, la empujó y vio algo que le hizo lanzar un grito de asombro.

Cobina volvió la cabeza y chilló frenéticamente. Banlock creyó que se le subía el estómago a la cabeza.

Había una mesa de quirófano y, sobre la misma, se veía el cuerpo desnudo de un hombre, con abundantes manchas rojas en algunas regiones de su epidermis. Banlock lo reconoció en el acto.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. Es Héctor Hill.

Pfalk emitió una sonrisa perversa.

—Siempre fue un parásito, un ser inútil para la sociedad y hasta para sí mismo, diría yo. Ahora servirá para algo. Inocularé veneno en sus venas y haré investigaciones...

—¿Para seguir explotando la credulidad de Harriet y continuar engañándola, diciendo que un día encontrará el remedio para su estado actual y la salud de sus hermanas?

Pfalk se atiesó.

—No puedo dejarles que salgan vivos de aquí —exclamó, a la vez que sacaba un revólver—. ¡Entren! —ordenó.

Al mismo tiempo, con la mano izquierda, abría la puerta. Cobina vio lo que había al otro lado y se cubrió la cara con las manos.

Banlock sintió que el sudor corría por su cuello. La habitación estaba llena de jaulas de distintos tamaños, en las que se movían un enorme número de arañas de todas las dimensiones. Abundaban, sin embargo, las que eran como la que él había recibido por primera vez.

—Pasen —insistió Pfalk—. Algunas de esas jaulas se abren por control remoto. —Apoyó la mano en un interruptor—. Diré que sufrieron un accidente y...

Banlock dirigió la vista hacia las ventanas. Pfalk adivinó sus intenciones.

—No lo conseguirán —dijo—. Los cristales son reforzados y, además, hay barrotes. En cuanto a la puerta, una vez se cierra, no hay posibilidad de abrirla de nuevo, mientras el control de las jaulas esté conectado. Es una precaución que adopté hace tiempo, para evitar posibles indiscreciones.

Agitó el revólver.

—Vamos, entren de una vez —barbotó.

Banlock estudió la posibilidad de lanzarse sobre el médico y arrebatarle el arma. Si pasaban al otro lado, podrían darse por muertos.

Inesperadamente, alguien empujó a Pfalk.

El médico lanzó un chillido de furor. Banlock tiró de la muchacha y escapó de la puerta. Pfalk aullaba como un poseído.

Desnudo por completo, cubierto de sangre en la mayor parte de su cuerpo. Hill forcejeaba con el médico. De pronto, cayeron al suelo, rodando entrelazados por el interior del cuarto de las arañas.

Se oyó un chasquido. Una docena de jaulas se abrieron automáticamente.

Pfalk emitió un aullido horroroso. El revólver se disparó una vez.

En aquel instante, la puerta empezó a cerrarse por sí sola. Antes de que se cerrase por completo, Banlock pudo ver una monstruosa araña que saltaba sobre el rostro de Pfalk.

La puerta se cerró con sordo estruendo. Al otro lado se oyó un espeluznante alarido.

Sonaron varios disparos. Alguien golpeó frenéticamente la puerta.

—¡Cobina, ve a pedir ayuda! —gritó el joven.

La muchacha escapó a la carrera. Banlock intentó forzar la puerta, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Sonaron dos disparos más. Los golpes cesaron bruscamente.

Luego. Banlock oyó el tétrico sonido de unas uñas que rascaban la madera de la puerta. Finalmente, se hizo el silencio.

Empezó a llegar gente. Laverne hizo acto de presencia. Dos bomberos voluntarios trajeron hachas. Banlock se puso delante de la

puerta, extendiendo las manos para prohibirles que la derribaran a hachazos.

—Ya nada se puede hacer por ellos —dijo—. Jefe, hay que traer gas. de cualquier clase que sea. Un agujero, una manguera...

—En el aserradero, a veces, usan cianhídrico para desinfectar algunos troncos demasiado contaminados por los insectos informó alguien.

Banlock hizo un gesto aprobatorio.

—Ya tienen la solución —dijo.

* * *

Estaban sentados en la veranda. Todo lo ocurrido les parecía ahora una pesadilla.

Banlock se negó a contar lo que había visto cuando entraron, al fin, en el cuarto de las arañas. Era demasiado horrible. La visión de aquellos dos cuerpos monstruosamente hinchados, cubiertos de negros arácnidos, era algo que perdura ría por mucho tiempo en su memoria.

—No entiendo cómo Héctor fue a su casa —dijo Cobina, después de un rato de silencio.

—Quizá, por primera *vez* en su vida, tuvo un arranque de dignidad. Se enteró de lo que Pfalk había hecho con las tres hermanas y fue a reprochárselo. Pfalk le golpeó primero y luego decidió matarlo, pero, al mismo tiempo, aprovechando para realizar alguna de sus investigaciones. Por lo visto, la anestesia que le aplicó resultó insuficiente y Hill despertó en aquellos momentos. Se dio cuenta de su irritación, pero ignoraba lo que hacía al otro lado de la puerta.

—Entonces. Pfalk no pudo conseguir que las tres hermanas se curasen.

—Quería, tal vez, conseguirlo por sus propios medios. No se atrevió, sencillamente, a comunicar el caso a otros colegas mucho más capacitados. Tampoco envió jamás una sola muestra de líquidos orgánicos. No le convenía porque se habría profundizado mucho en el asunto y su culpabilidad habría salido a flote muy pronto. Por otra parte, la atención que prestaba a Harriet y sus hermanas significaba para él unos ingresos suplementarios. Prácticamente, puede decirse que vivía a costa de ellas. Sus ingresos no eran precisamente lo que se dice fastuosos. El otro médico tiene mucha más clientela, ¿comprendes?

—¿Envenenó él también a los perros?

—Es de suponer. De este modo, mantenía vivo el fuego del rencor de los vecinos de Seftonville hacia las hermanas Orvison.

—En fin. el caso está solucionado —dijo ella—. Ahora ya sabes


que Héctor Hill está muerto. ¿Entregarás la herencia a Jubal?

—Administrada por su madre hasta la mayoría de edad, naturalmente.

Cobina guardó silencio unos instantes.

—Casters será un buen padre para el chico dijo al cabo.

—Y Mary encontrará al fin el esposo que se merece —aseguró Banlock.

Callaron un rato. En el interior de la casa. Amos Farnham, sentado en el diván, empezó a cargar su pipa.

Elmo —preguntó Cobina poco después—. ¿se curarán esas pobres mujeres?

—He hablado hoy con Harriet. Hará venir a un buen especialista. Luego se pondrán en manos de verdaderas expertos. Quizá ya no vuelvan a ser como eran antes, como deberían haber sido, sin los efectos del tóxico, pero creo, sincera mente, que Hattie e Hilda se recuperarán bastante.

—Lo deseo de todo corazón —dijo la muchacha.

La señora Farnham había empezado a tejer y movía las agujas rítmicamente. Su esposo, con la pipa entre los dientes, leía el periódico.

Transcurrió un rato. De pronto, se oyó una alegre carcajada en la veranda.

La señora Farnham suspendió su tarea unos instantes.

—Querido —le dijo a su esposo—, ¿crees que ese joven se nos llevará a la muchacha?

—Si sucede eso, resultará algo completamente lógico —contestó Farnham apaciblemente.

—Echaremos de menos a Cobina —suspiró ella.

—Pronto hará veinticinco años, fui a casa de tus padres y te viniste conmigo a la mía —dijo él—. No puedes negarte a que tu hija haga lo mismo.

—Espero que sea legalmente, querido.

—Si fuese de otro modo, tampoco te podrías oponer. Pero yo confío en ese muchacho. Hará las cosas como Dios Manda, querida, puedes tenerlo por seguro.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España